Hasta el infinito Parte 2

Prefiero No Ponerlos

Capítulo 1

Planificando el viaje

En un caluroso día de verano, los altos mandos de la Familia se reunieron en el despacho de Zayre para planificar el siguiente paso para la expansión del poder y la influencia de la Familia. Aquel día era extremadamente caluroso debido al inclemente sol y la indiferencia del aire ante su sufrimiento. Por el inaguantable calor y la gran cantidad de personas corpulentas que iban a acomodarse en el interior de aquel despacho durante lo que serían horas, Zayre tomó la decisión de encender el aire a toda potencia, para que, en el momento en el que sus familiares entrasen en el despacho, una agradable temperatura los abrazase.

Antes de la hora acordada para la reunión llegó Kyman, Yabee y Zaraide. Zaraide era una mujer joven de la etnia Xil. De facciones finas. A esta le faltaba el brazo izquierdo, las piernas y un ojo, los cuales fueron sustituidos por mejoras robóticas. Su cabello trenzado y con las puntas rojizas estaba recogido en una coleta alta. El único brazo que le quedaba estaba completamente tatuado con todo tipo de cuerpos celestes. Este tatuaje era de vivos colores. Mostrando en su magnificencia la belleza del espacio exterior. En el medio de su espalda, había un tatuaje de un lince ibérico en blanco. Ella siempre llevaba ropa que dejase a la vista sus tatuajes.

Nada más encontrarse, Yabee no dudó en sentarse a su lado en el amplio sofá para apreciar mejor los tatuajes de quien era su prima menor. El contraste entre ambas era notable. Haber llevaba faldas largas y blusas que cubrían casi completamente su cuerpo. Además, empezó a usar un paraguas de tela para andar bajo el sol.

Kyman, por su parte, fue hasta el lado de Zayre, quien se encontraba sentado en un sillón, tomándose un zumo de naranja mientras leía “El Cid campeador”.

A la hora acordada llegaron otros cuatro altos mandos de La Familia: Tribs, Pelán, Yusa y Nyibas.

Tribs era un hombre Poglar de mediana edad. Estos se caracterizaban por su bello corto y de color castaño oscuro, sus grandes colmillos, los cuales sobresalían de sus hocicos –estos recordaban a los de un cerdo-, sus ojos completamente negros y sus largas, peludas sobre sus cabezas y sus colas cortas y finas. Este llevaba puesto un traje de color azul marino con una camisa azul claro y una corbata del mismo color que el traje. Al igual que Zaraide, su brazo izquierdo era una prótesis robótica.

Nada más entrar, se quitó la chaqueta y la dejó en el perchero. Luego se dobló las mangas de la camisa y fue a buscar al mini bar de Zayre su baso de zumo de manzana. Este tenía una pajita azul y una sombrilla, como a él le gustaba.

Pelán era un Libas. Estos se caracterizaban por su transparencia, su polimorfismo y su hermafroditismo. A pesar de ser un Libas, no lo parecía por su forma masculina y su uso de ropa. Aunque la ropa la llevaban para ser fácilmente distinguible de su entorno. La preferencia por permanecer en una forma masculina sí que era un gusto propio, ya que su especie prefería abstenerse de permanecer en una única forma durante tanto tiempo. Él también llevaba un traje, pero blanco con camisa morada y sin corbata. Los primeros botones de la camisa estaban abiertos, mostrando el interior de su camisa. Llevaba un sombrero blanco con una tira morada con estampado de leopardo y unas gafas de sol con los cristales rosas y la montura negra.

Al entrar, fue al lado de Yabee para hablarle del libro que le había recomendado y pedirle más recomendaciones. Esto molestó a Zayre, quien levantó un poco su mirada del libro para mirar a Pelán con molestia. Nunca le pidió recomendaciones a pesar de ser un ávido lector. Esto no duró mucho tiempo, ya que cerró el libro y se puso a beber su zumo de naranja natural.

Yusa era una mujer Nyima. Esta tenía el aspecto más puro de un humano. Con un tamaño estándar y una gama de colores más típica. Normalmente, estos pertenecían al imperio y eran ultranacionalistas. Sin embargo, algunos vástagos se escapaban de la luz del Imperio. Esta Nyima era una mujer caucásica que tenía enanismo. Su largo cabello castaño estaba recogido en un moño alto. Llevaba un vestido veraniego e iba descalza.

Alegremente fue al lado de Tribs y buscó en la nevera una cerveza bien fresquita. Por estar bebiendo tan pronto en la mañana, recibió miradas de reproche de sus compañeros.

—DEJADME EN PAZ —gritó furibunda ante las miradas de reproche, las cuales no cambiaron ni un poco. Ella cambió rápidamente su actitud y en un murmullo dijo: —Solo es una cervecita… Llevo sin beber dos días.

—Pues deberían ser más —le reprochó Zayre.

Antes de que Yusa pudiese continuar excusándose por beber alcohol tan temprano en el día Nyibas entró abruptamente en el despacho, captando toda la atención de los presentes. Este ignoró las miradas de sus familiares y se fue directamente a una ventana, la abrió y se puso a fumar un pitillo que se había preparado. Este alboroto fue aprovechado por Yusa para abrir la cerveza y comenzar a beber, disfrutando del agradable sabor

de la cebada.

Toda la molestia de la familia se dirigió hacia Nyibas, ya que hizo que el desagradable aire caliente del exterior entrase en la habitación. Además de inundar la habitación con el terrible hedor del pitillo que se estaba fumando, el cual no se esparcía hacia el exterior por la corriente de calor que entraba.

—Lo siento —dijo Nyibas, apresurado, entre caladas. En su tono de voz bajo y en su expresión compungida se notó que lamentó tener que abrir la ventana y apestarlo todo con sus pitillos—. No aguanto el calor que hace. Tengo que abrirme los poros. Ya llevo tres. Queda poco.

Resignados, permanecieron en silencio esperando a que Nyibas abriese sus poros, mostrando su verdadero ser, un Gyoo. Esto eran, aparentemente, caucásicos y de tamaño promedio. Sin embargo, al terminar aquel cuarto pitillo, mostró parte de su verdadera forma. Grandes agujeros se formaron en su piel, mostrando una red de cuerdas rojizas, asemejándose a la masa madre en forma, cubiertas por una fina capa de piel. Estas cuerdas se movían con cada movimiento del pecho de Nyibas hacía al respirar. Del interior de este comenzó a emanar un ligero hedor a putrefacción. Desagradable pero soportable por un familiar.

Una vez hubo finalizado su labor, pudo cerrar la ventana, pero no se movió del lado de esta.

Él último en llegar fue Tysie. Entrando atropelladamente. Con el cabello aun mojado y un agradable olor a limón. Era el único que llevaba un bañador y una camiseta de tirantes con una mancha de tomate adornándola. Él se sentó en un rincón apartado del resto y del chorro de aire frio del aire acondicionado.

—Bien —dijo Zayre para llamar la atención de sus familiares—, ahora que ya estamos todos, vamos a comenzar con la reunión. Después de todos estos años trabajando arduamente para fortalecer a la Familia y facilitar el camino para alcanzar nuestro objetivo, ha llegado el momento de iniciar ese camino. Biport se nos ha quedado pequeño. La Familia ya es demasiado grande. Necesitamos más espacio. Necesitamos un lugar más cómodo para controlar nuestro territorio y proteger a nuestra familia.

>>En una de las misiones a las que envié a Zaraide, a Kyman y a Tysie al Puente al Infierno, hace ya muchos años, reportaron la existencia de un pequeño y aislado sistema solar con varias Fisuras latentes. Si las abriésemos de forma controlada y las conectásemos a la red normal, podríamos llegar a todas las partes de Babesia y más allá de esta. En este sistema solar hay un planeta habitable. Nuestro hermano Mirabelet nos

espera allí, en Ghijart. Preparándolo para nuestra llegada.

>>Para movilizar a toda La Familia hasta Ghijart, vamos a necesitar meses de preparación. Vamos a necesitar una mayor cantidad de barcos. Deberemos empezar a planificar la forma en la que partiremos. No podemos hacerlo todos juntos o a la vez, llamaríamos demasiado la atención del Imperio.

Después de su pequeño discurso, empezaron a discutir sobre sus siguientes movimientos. Debían decidir quién, cómo y cuándo partiría hacia el Puente al Infierno. A su vez, debían elegir una localización y fecha para su reagrupación antes de llegar a Ghijart.

Durante horas estuvieron discutiendo acerca del tema. Discutiendo los pros y los contras de la partida de cada uno de ellos. Discutiendo los pros y los contras de quien fuese después. Llegado a cierto punto, siempre se quedaban atascados con los mismos cinco. Zayre, Yabee, Zaraide, Nyibas y Tribs no podían moverse de aquel planeta sin levantar las sospechas del Imperio. En un instante tendrían varios cruceros imperiales pegados en el culo para seguir sus movimientos y atacarlos en su momento más vulnerable.

Las horas fueron pasando sin que ninguno llegase a una resolución aceptable para todos. El hambre y el cansancio comenzó a mellarles la mente y el ánimo, por lo que decidieron dejarlo por el momento.

Lo único que pudieron acordar en aquella reunión fueron los primeros en partir y el lugar en el que se reunirán para partir todos juntos hacia el Puente al Infierno, Snie. El último reducto de civilización antes de partir hacia la nada, en busca de los misterios ocultos en esta y sus peligros.

Sin haber concretado sus planes de mudanza, Zayre los mandó a todos a dormir, habían terminado por aquel día. Sin embargo, le hizo una seña discreta a su hermano menor, Tysie, para que se quedase un poco más.

El resto de la familia se despidió y se marchó sin importarles nada más que su camino hacia sus mullidas y cómodas camas, dejando solos a Tysie, Zayre y Kyman. Tysie comenzó a olerse que algo no iba bien. Su hermano mayor y él ya habían hablado sobre aquel viaje. Zayre llevaba años planeándolo. Él le prometió que podría partir junto con su hijo. Pero, su relación se vio enturbiada por la discusión que tuvieron hace tres años. Por lo que podía ver, habría un cambio de planes.

Zayre se levantó de su sillón y fue hasta el lado de su hermano. Quería transmitirle su pesar por la decisión lógica que había tomado y lo mucho que le dolía que tuviese que ser así, pero Zayre no era un hombre que supiese expresar sus sentimientos. Tampoco era un hombre empático. Normalmente, Tysie era capaz de reconocer aquellos pequeños intentos

de acercarse a alguien y consolarlo, pero estaba furioso. No hizo ningún intento por entenderlo.

—Hermanito —dijo Zayre intentando ser cariñoso—, sabes lo mucho que te quiero.

—Nunca me has dicho eso y luego me has dado una buena noticia.

—¿Tan predecible me he vuelto?

—Nunca has dejado de serlo, Zayre.

Furioso porque su hermano menor lo llamase por su nombre en aquel momento, en aquella situación, reaccionó de forma violenta. Agarró a su hermano por el cuello de la camiseta y tirando de él con fuerza para atraerlo hacia él y así quedar cara a cara. Mirándolo por encima de sus gafas de sol le dijo en un tono bajo y calmado:

—Nunca vuelvas a llamarme así, hermanito. ¿Lo has comprendido?

A pesar de su temor por su hermano, Tysie no lo demostró. Le aguantó la mirada a su hermano y le respondió sin titubear.

—Sí…

—Bien…

Zayre lo soltó y volvió a sentarse cómodamente al lado de su hermano.

—Ya sabes que hace tres años aparte a Kyman de cualquier tipo de misión. Él es fuerte, rápido e inteligente. Él podrá proteger a Adit durante su viaje hasta Snie. Él partirá junto a tu hijo hacia Snie en una semana. Su viaje será más largo que el nuestro, ya que irán por caminos seguros y legales. Estará un año con él. Solo hasta reunirnos en Snie. Allí podrás volver a estar con él. Solo un año. Y no hay nada que puedas hacer para cambiar mis planes.

—Bien… —responde resignado.

—Además, durante este viaje, van a usar su apellido. Sé que le has hablado de su madre, y que, en contra de mi voluntad, usáis su apellido. Detrás del mío, por supuesto, pero lo usáis. Asegúrate de que no se equivoque. No va a volver a usar nuestro apellido durante ese año. No puede usarlo bajo ninguna circunstancia. Déjaselo bien claro. Sea cual sea la situación, él no va a pertenecer a nuestra familia durante ese año. Aunque, de todas formas, no está reconocido como parte de La Familia.

Así que nadie va a asociarlo con nosotros.

—Entendido… ¿Algo más?

—Puedes marcharte, hermanito.

Recordando el pasado

Tysie salió pisando fuerte del despacho de Zayre rumbo a la habitación de Adit. Aunque dio un pequeño rodeo para recoger un valioso objeto que había estado guardando para un momento especial.

Sus pasos eran fuertes, haciendo que todo retumbase a su paso y asustando a todo aquel que estuviese cerca. Estaba furioso y no quería que nadie se le acercase. Sin embargo, al llegar al pasillo de la habitación de Adit, tomó aire para relajarse y continuar con su andar habitual.

Por la hora que era, debía de estar allí jugando a algún videojuego. Y así era. Al entrar en la habitación, se lo encontró jugando tranquilamente en el ordenador a un juego que trataba de una granja en el espacio. En aquellos tres años había dado un estirón, llegando ya al metro setenta. Siendo bastante alto para sus dieciséis años, pero, seguía siendo pequeño para su padre.

No llevaba puesto su parche, ya que se encontraba en su habitación. Allí era el único lugar en el que se sentía lo suficientemente seguro como para quitárselo y dejar su cuenca vacía expuesta.

Tysie se sentó en la cama de Adit, detrás de este, esperando pacientemente a que este terminase su partida para hablar del viaje que debían realizar y los cambios en este.

Ellos ya habían hablado sobre aquel viaje y, durante aquellos tres años, lo fue preparando para este. Se lo contó todo a su hijo. La ilusión de volver al espacio y, esta vez, acompañado de su padre, hizo que no pudiese evitar comenzar a planear aquel viaje. Empezó a soñar con un viaje increíble lleno de aventuras. Empezó a soñar que podría explorar aquel basto universo junto a su padre y a amigos que hiciese por el camino.

El primer lugar al que habían planeado ir en aquel viaje era el planeta natal de Adit, Gestol. Tysie quería mostrarle la casa donde nació y pasó su primera infancia. Por desgracia, aquello no iba a pasar. Por lo menos, no en un futuro cercano.

Él ya lo sabía. A pesar de haber intentado distraerse jugando con unos amigos y primos para no pensar en aquella importante reunión, la curiosidad lo mató y quiso saber qué es lo que estaban discutiendo. Durante toda la tarde había estado espiando la reunión de los altos

mandos de La Familia. No podía escuchar nada, solo ver lo que ocurría en aquella sala. Vio cómo se pusieron nerviosos, furiosos, frustrados y como se agotaron.

Para él, no significaba nada ver como planeaban la movilización de toda La Familia. Aquella no era la información que buscaba. Y no la encontró hasta el final de la reunión. Ver la última conversación entre su padre y su tío lo hizo llenarse de inseguridad y miedo. No sabía lo que se había dicho, pero, por las expresiones de su tío y su padre, supo que no era lo que habían planeado.

Al terminar la partida, Adit apagó su consola y fue a sentarse al lado de su padre.

—¿Has estado pendiente?

—Sí.

—Entonces puedo ahorrarme explicaciones inútiles. Tu madre… ¿La recuerdas?

—Papá, no hace falta que hables de mamá ahora.

Adit sabía que a su padre le costaba hablar de su madre y de su pasado. A pesar de su curiosidad por averiguar qué es lo que le pasó en realidad a su madre y por qué se marcharon de Drita, su pueblo natal, tan abruptamente; sabía que era un tema delicado y no iba a contarle la verdad, aún.

—No —respondió apretando el objeto enrollado en tela que había ido a buscar—, es importante hablar de ella ahora, antes de que partas en este viaje. Seguramente, te encuentres con algún pirata que reconozca ese apellido. El apellido de tu madre es casi único y perfectamente reconocible. Habrá piratas y mafiosos muy poderosos que lo reconozcan.

—¿Mamá se metió con tiratas y mafias? —preguntó Adit, sorprendido, intrigado y maravillado.

—Sí. Jajaja —respondió animado y emocionado por recordar aquellos viejos tiempos, donde todo era más fácil—. Tu madre vivió cientos de aventuras. Recorrió todo el espacio que pudo. La conocimos hace muchos años. Era una mujer famosa y misteriosa. No se sabía de dónde venía, no se sabía muy bien quien era. Lo único que se sabía es que era muy poderosa y que siempre decía que se estaba muriendo de vejez, a pesar de solo tener treinta años. Jajajaja. Aunque eso aparentaba. No sabemos cuántos años tenía.

>>Cuando se enteró que estaba embarazada, contactó con nuestra familia. Por lo visto, era estéril hasta que… Bueno, eso no importa ahora. Quería saber que su hijo estaría bien una vez se marchase. Zayre se encargó de todo. Habló con ella y decidió darle lo que quisiera en sus últimos años de vida. No sé por qué, en sus últimos años de vida, decidió regentar una posada en una ciudad portuaria importante. Parece ser, que quería probar a tener una vida tranquila y normal antes de marcharse para siempre.

>>¿Te acuerdas cuando vivíamos allí?

—No mucho. Era muy pequeño. Recuerdo poco de ella. Solía dormir mucho, ¿no?

—Sí… Cuando vino a visitarnos, ella aún estaba bien. Era capaz de moverse libremente… de recordar los nombres y las caras… de mantenerse despierta más de tres horas seguidas…

>> Podría decir que apenas se le notó el embarazo, pero sería mentira. Estaba muy embarazada. Siempre que doblaba una esquina se le veía primero la panza. Se podría decir que era una panza pegada a una mujer. Aun así, ella era muy activa. No le dolía ni le molestaba aquella gigantesca panza. Debías estar muy cómodo allí dentro.

Adit no pudo evitar reírse al imaginar aquella situación. A su madre con una gigantesca barriga de embarazada llevando una posada.

—La posada le fue bien los tres años que estuvo en funcionamiento. Tu madre era muy activa. Siempre estaba de aquí para allá atendiendo a los clientes, cocinando, cuidándote y arreglando lo que estuviese roto. Casi parecía que el resto de trabajadores de la posada estaban de adornos. Incluso tu niñera se sintió así al ver como tu madre se encargaba de ti.

>>Encima, en sus descansos, se ponía a escribir un diario. Quería contártelo todo, quería que pudiese comprender que eras, pero sabía que no iba a tener tiempo. Por lo que, lo escribió todo. Llenó una caja entera de libretas.

>>Yo… si no hubiésemos tenido que… las tendría… podrías aprender más y estar preparado… pero… ahora vamos a tener que esperar varios años para poder volver a casa y recuperar las libretas.

>>No pude aprender demasiado de Yorna antes de que… antes de que comenzase a dormir cada vez más. Le empezó a costar centrarse. A veces se dormía repentinamente. Nadie era capaz de despertarla cuando se ponía a dormir. Ella comenzó a decir que se acercaba su hora. Comenzó a temer por el día en el que se fuese. El día en el que te dejase solo en este basto universo. Sin saber nada sobre lo que eres. Ella me hizo prometerle

que te enseñaría todo lo que había aprendido de ella… que te prepararía para el universo… para los monstruos que te esperan... Me temo que no he terminado con ese trabajo a tiempo. Pero no he tenido tiempo para terminar con el trabajo. Nadie me ha dado el tiempo para hacerlo.

Tysie estaba a punto de llorar, con los ojos humedecidos. Antes de que cualquier lágrima saliese por sí sola, se las limpió con la manga. Se tomó un tiempo para tranquilizarse antes de continuar. Adit no lo interrumpió con palabras de consuelo. Solo lo abrazó.

—Este viaje va a ser difícil, Adit. Zayre tiene muchos enemigos. Podrían atacaros en cualquier momento. Así que, a pesar de saber que no estás preparado, y que no lo vas a estar en años, voy a entregarte la espada de tu madre, Alvedo. Quiero que seas consciente que no eres digno de sostenerla. Aun te faltan muchos años de entrenamiento para poder usarla adecuadamente, aun así, tengo demasiado miedo de que algo te pase.

>>Espero que nunca tengas que usarla. Si la debes usar en un algún trágico incidente, por lo menos tendrás la oportunidad de luchar… aguantar…

—No va a pasarme nada, estaré con Kyman.

—Confías demasiado en su poder —comentó Tysie, con un notable resentimiento en su voz. Desde que Adit perdió su ojo, Tysie dejó de confiar en su familia. Ellos actuaron a sus espaldas para enviar a Adit a un lugar peligroso. Y, por lo que le había contado Adit sobre el incidente, Kyman se infiltró en el barco del capitán Maeck para "protegerlo". Una mentira que ni si quiera Kyman tuvo el valor de contarle a la cara.

No le hizo falta hacerle muchas preguntas sobre lo sucedido a Adit para intuir lo ocurrido, y una interrupción repentina en el despacho de su hermano se lo confirmó. La expresión que le puso no tenía precio. Desde aquel momento, su relación no volvió a ser la misma. A pesar de los intentos de explicarse, justificarse y disculparse, su relación solo comenzó a destruirse hasta llegar a un punto cercano al no retorno.

Tysie suspiró molesto por toda aquella situación. Pero no era momento de preocuparse por esos problemas, solo tenía una semana más para prepararlo para aquel viaje. No debía perder más tiempo.

—Toma —dijo extendiéndole el objeto envuelto en una sábana.

Adit lo tomó y la desenvolvió con cuidado. Enrollada en la sábana había una katana enfundada. La empuñadura de esta era verde, al igual que su funda. Adit miró a su padre buscando la aprobación para desenvainarla.

Antes de ello, volvió a hablar:

—Hay un tipo de armas especiales o, como más habitualmente se les conoce por sus extrañas y desconcertantes formas que adoptan: los artefactos. Estas parecen estar hechas con magia antigua y minerales extraídos de la mismísima Puerta al Infierno. No se sabe cómo los hicieron o quien los hizo, pero son antiguos y poderosos. Hasta donde se sabe, son cuarenta y tres en total. Dieciocho de los cuales si mantienen una forma conocida y definida: Los Anillos.

>>Tu tío Zayre, tu tía Yabee, tu tía Zaraide y yo poseemos una de estas. Además, Zayre tiene bajo su poder otros seis artefactos.

>>Por el momento, Kyman no posee un artefacto. Es fuerte, pero no lo tiene, aún.

Adit miró sorprendido y con admiración. Si su padre era capaz de usar un artefacto, debía de ser increíblemente fuerte. Quería aprender más. Quería volverse más fuerte.

Ilusionado por volverse más fuerte y poder empezar a vivir aventuras, desenvainó la katana. Un filo fino y alargado, con patrones de espiral en el negro metal. Parecía un filo capaz de cortar hasta el metal. Sin embargo, al poco de desenvainarla, esta se deformó hasta adquirir el tamaño y la forma de un machete. La vaina de la katana se deformó para adaptarse al nuevo filo, al igual que la empuñadura.

Adit miró horrorizado a su padre. Creyendo que lo había roto. Su padre se empezó a reír al ver su reacción y le removió el cabello.

—Te dije que los artefactos cambiaban de forma, ¿no?

—Pero no me dijiste que lo hacían en tus manos —respondió molesto.

—Los artefactos de amoldan a las necesidades de su portador.

Un brillo extraño se apoderó del ojo de Adit. Al verlo, Tysie se asustó. Creyó que el poder de Adit se había activado e iba a comenzar a vagabundear por la isla otra vez. Sin embargo, aquella vez fue distinto. Adit estaba feliz. Tenía una expresión facial, no como cuando estaba poseído.

Adiós

Tysie tenía poco tiempo para estar con su hijo antes de tener que separarse de él durante un año, por lo que, no quiso perder ni un segundo. Toda la semana se la pasó preparando a Adit para aquel viaje. Debía aprender a luchar con aquel machete. Sabía que no iba a despertar

su poder aun, por lo que, no se lo comentó. Ya lo haría cuando volviesen a verse. Lo importante aquella semana fue perfeccionar el estilo de combate de Adit.

Después de que volviese con un ojo menos, Adit comenzó a tener actitudes extrañas. Habitualmente se quedaba en trance y vagabundeaba por la isla. Este fue el principio del despertar de sus extrañas e incomprensibles habilidades.

Poco después del primer incidente de trance en la isla tras su vuelta sin un ojo, comenzó a ver más allá de su alrededor. Comenzó a poder ver su alrededor como si no hubiese paredes, suelos o techos. Era capaz de verlo todo sin problemas. Y esto molesto a su tío Zayre, ya que no iba a poder esconderle nada. Ni a él, ni al padre de este. Porque, a pesar de intentar volver a obtener la confianza de Adit para tener más secretos entre ellos a espaldas de Tysie, nunca volvió a conseguirla. No por lo ocurrido, pues Adit no tenía conocimientos sobre lo que en verdad ocurrió aquel día. Prefirió no pensar en aquel día y lo que ocurrió nunca más.

Por el momento, las habilidades nacientes de Adit pararon por unos años. Podría deberse a un tiempo de adaptación a su nueva forma de ser. Podría deberse a, simplemente, que aún no había crecido lo suficiente como para que nuevas habilidades llegase. Podría deberse a un trauma. Nunca supieron por qué Adit obtuvo dos habilidades en un lapso tan corto de tiempo y frenó de una forma tan abrupta durante dos años. Sin embargo, en el décimo quito cumpleaños de Adit, surgió una nueva habilidad: el poder cambiar su posición con otro objeto siempre que diese una palmada.

Al principio, solo podía realizarlo con objetos cercanos. A apenas dos metros de distancia. Y terminaba agotado por el uso de su habilidad. Pero, rápidamente, con la contante práctica, pasó a poder realizar un cambio de posiciones entre él y un objeto a la otra punta de la isla y entre objetos o animales. Además, apenas se cansaba al realizar los cambios. Podía estar durante horas realizando esta acción. Este hecho hizo que Tysie planease un estilo de combate inusual para Adit.

Sabía que allí afuera no iba a ser rival para los piratas, caza recompensas y mafiosos que fuesen a por ellos. También tenía presente que Kyman no era un robot, aunque a veces lo dudase. Podía fallar. Podía cansarse. Podía ser engañado. Por su cabeza pasaban cientos de escenarios donde Kyman podía ser derrotado con suma facilidad y Adit cayese en manos de algún infeliz que lo matase para hacerle daño a La Familia, lo usase como rehén o, pero, se lo entregase al Imperio. Por todo ello, planeó explotar aquella habilidad en su beneficio.

Tysie pasó un año entero enseñándole a realizar aquellos cambios rápidos en medio de un combate para esquivar ataques que pudiesen ser letales,

o para posicionarse mejor para un ataque. Además de forzarlo a aprender a no depender de dar palmadas con sus manos. Sabía perfectamente por haber visto a la madre de este pelear, que podía realizar estos cambios sin dar palmadas.

Adit aprendió a moverse de aquella forma en combate. Sin embargo, estar tan pendiente de su enemigo y alargar los combates, hacían que Adit sufriese un gran agotamiento mental. Después de sus entrenamientos con su padre, terminaba tan agotado mentalmente que era incapaz de pensar durante una hora. Pero no podía quedarse así después de un combate, sería una presa fácil para cualquiera. Por ello, tuvo que aprender a usarlos en los momentos precisos y sin excederse.

Durante estos entrenamientos, en aquella semana previa a la partida de Adit, Tysie fue aún más estricto y duro en el combate cuerpo a cuerpo. Sus puñetazos dolían más de lo normal. Normalmente, Adit los esquivaba sin más. No le hacía falta usar su habilidad, pues se volvió más rápido. Sin embargo, Tysie aumento su velocidad para que la tuviese que usar otra vez. Quería que estuviese preparado para todo.

Adit los fue esquivando todos como pudo. Se forzó a ser más rápido. Intentaba evitar usar su habilidad hasta el último momento, provocando que, a veces, se apartase muy poco de la trayectoria de los puñetazos de su padre. A veces, los cálculos le fallaban y apenas se apartaba, ganándose así un golpe en un costado o de refilón.

Intentaba alejarse todo el tiempo, pero su padre no se lo permitía. En uno de sus esquives, Adit apoyó mal su pie, resbalándose, permitiéndole a su padre un golpe asegurado en el centro del estómago. Él ya se imaginaba que iba a terminar en el suelo retorciéndose del dolor. Sin embargo, aquel golpe nunca llegó. Cayó al suelo, quedando sentado. Su padre estaba de pie, mirándolo sorprendido. Cuando intentó levantarse rápidamente para continuar con el combate de entrenamiento, como habitualmente hacía, de un salto, no pudo. De un momento a otro, perdió la conciencia. Volviendo a caer. Aunque su padre no iba a permitirlo.

Su padre lo sostuvo para que no se volviese a caer. Aun sorprendido por lo que acababa de pasar. Y no era para menos. Con su último golpe, había atravesado a su hijo. Pero no había sentido la carne y los huesos rompiéndose al paso de su puño, como habitualmente ocurría cuando uno de sus puñetazos conectase con un enemigo tan débil. No. Esa vez, simplemente, lo atravesó como si no estuviese.

Aquella era otra habilidad de la raza de Adit, pero no sabía si era algo habitual o no. Su madre lo podía hacer sin problemas. Y no solo con su propio cuerpo. Sin embargo, no sabía si todo aquello que estaba ocurriendo era normal o era debido a la amputación del ojo. Todo estaba

sucediendo demasiado rápido.

Esas dudas solo serían resueltas volviendo a la posada, recuperando las libretas. Lo haría pronto. Aunque a su hermano mayor no le iba a gustar nada. Pero aquello no le importaba a esas alturas.

Tysie llevó a Adit a su habitación y lo dejó descansando. Aquel era su último día juntos. Por los entrenamientos, Adit no había tenido tiempo de hacer su maleta. Tysie se la hizo con lo que consideró lo más importante para aquel viaje. Le preparó una pequeña bolsa con todo lo imprescindible para el viaje. Si en algún momento necesitasen algo de ropa más abrigada o cualquier otro tipo de ropa, ya la comprarían.

Además, recogió algunos recuerdos que Adit atesoraba para que los llevase con él. Como la foto de la posada donde aparecían los padres de este. Uno de los objetos más valiosos que tenía Adit. No le fue muy difícil, ya que Adit los exponía en su habitación.

Tysie dejó a Adit descansando después de ello. Lo dejó dormir el resto de la tarde y toda la noche y, a la mañana siguiente, cuando fue a despertarlo para acompañarlo al puerto y lo vio aun durmiendo, lo dejó descansar un poco más. A media mañana, Adit abrió sus ojos. Se lo tomaron con calma, a pesar de encontrarse Kyman desde primera hora de la mañana esperándolos en el puerto.

Llegaron al puerto a medio día. Se encontraron a Kyman al lado del barco que los iba a llevar a Bragafa, una de las islas más grandes de Biport, y desde donde iniciarían su viaje como padre e hijo.

Al lado de la rampa de subida al barco, Tysie se despidió de su hijo.

—Este viaje va a ser largo y difícil. Realmente espero que no pase nada y rezo por ello. Que sea un viaje tranquilo, monótono y aburrido. Pero no lo será. Solo quiero que sepas que, pase lo que pase, yo te quiero, hijo. Y voy a hacer lo imposible para protegerte.

Al terminar, Tysie abrazó a su hijo. Este iba a replicarle, pero, cuando le abrazó, dejó toda replica de lado y se lo devolvió.

—Siento interrumpir —dijo Kyman con su tono de voz monótono y su cara de póquer, acercándose a padre e hijo—, pero llevamos retraso en nuestro programa de viaje.

—Adit, sube al barco. Kyman y yo tenemos que habar un rato en privado.

—Está bien.

Tysie comenzó a andar hacia la jungla, seguido de Kyman. Ambos se marcharon del puerto y volvieron poco después. Tuvieron una conversación corta no muy alejados de allí. Hicieron algo que Adit no comprendió, pero ambos parecían serios con el tema. Quiso preguntarles, pero no dijo nada. Solo se despidió con la mano de su padre mientras el barco zarpaba por el mar hacia Bragafa.

El viaje fue corto, solo tardaron un par de horas en llegar hasta la otra isla. En esta había una ciudad importante en Biport. Esta casi llenaba todo el terreno de la isla. Sus calles estaban adoquinadas y los edificios eran de una sola altura, elevadas sobre la arena por troncos de madera.

Ellos se hospedaron un par de día en un resort vacacional donde Adit gozó de todas las libertades posibles. No tuvo en ningún momento a Kyman detrás de él, vigilando sus movimientos, asegurándose de que no le pasase nada. O eso es lo que parecía, ya que Kyman lo vigilaba desde la distancia, usando un traje especial llamado piel digital. Pocos tenían acceso a esta tecnología. Ni si quiera era conocida entre los más poderosos de Babesia, aquella galaxia que habitaban.

Se trataba de una tecnología bien ocultada a la que Zayre tuvo acceso después de varios intercambios de favores. Y después de varios favores más, cientos de sacrificios, sudor y sangre, consiguió apoderarse de dos de estas pieles. Una de ellas le entregó a Kyman para que pudiese ocultarse mejor durante su viaje, fingiendo así ser el padre biológico de Adit.

Él configuró la piel digital para que su tono de piel, pelo y facciones se asemejasen a las de Adit. Sin embargo, este optó por ser un hombre de mediana edad de la etnia Brip. Y así, en los siguientes viajes, parecerse más a un padre y su hijo.

Antes de partir hacia el puerto para tomar el barco que los llevase hasta Esterlyn, una luna de Wayano, Kyman quiso asegurarse que Adit sabía la historia que debía contar si alguien le preguntaba hacia donde iba y porqué. Este le respondió sin dudar lo que su padre le contó cientos de veces mientras entrenaban.

—Vamos hacia el núcleo de Babesia, hacia Dornerse, planeta natal de "madre", Mierma. Vamos allí por asuntos familiares. La tía Toph ha tenido un hijo y madre fue a ayudarla. Nosotros vamos más tarde porque teníamos asuntos que solucionar en Mennetis antes de partir: cerrar la casa, cerrar el negocio familiar, terminar las clases... Vamos por un par de días a ver a la familia, por lo que, no llevamos muchas pertenencias con nosotros.

>>Como mi "madre" es de Dornerse, se entiende mi distinto color de

ojos. Soy un mestizo.

—Bien —dijo Kyman. A pesar de su apariencia siempre inexpresiva y tono monótono. Adit comenzó a notar ligeros cambios en Kyman que denotaban sus emociones. Esa vez, con aquel bien, Adit notó un cierto grado de complacencia —. ¿Cómo me llamo?

—Krin.

—Bien.

De vuelta al espacio

Un par de días después, embarcaron en un crucero hacia Esterlyn, su primera parada en el viaje. Este era una nave que imitaba la estética de los cruceros que navegan por los mares. Todo cubierto de blanco, con barias alturas, amplias ventanas, ojos de buey, chimeneas negras, tres cubiertas y diez entradas.

Ambos entraron sin problemas ni percances. Pasearon por los pasillos enmoquetados, luminosos y llenos de cuadros y espejos en busca de su camarote. Debían fingir ser una familia de clase media, por lo que su camarote se encontraba en la zona baja, en el interior, sin acceso a una ventana que diese vistas a la inmensidad del espacio.

A Kyman le dolió tener que elegir un camarote sin ventana, ya que conocía los gustos de Adit. Los escuchó de la tripulación de Maeck. Le contaron que Adit disfrutaba de la soledad rodeado de la oscuridad del espacio. Algo que perturbaba un poco a los piratas del barco. El miedo a la soledad, a la oscuridad y a la locura que estos provocaban era tal que se formó un culto alrededor de esta. Por lo que, ver a un adolescente de trece años disfrutar de largas horas en lugares silenciosos observando las distantes luces de las estrellas, incomodó a los piratas.

Adit entró en el camarote, dejó su mochila en el suelo cercano a la puerta y se subió a su cama, la cual se encontraba colgando de la pared. Aquella habitación había sido preparada para una familia, pues estaba la cama matrimonial preparada y una apartada para el hijo.

Kyman esperaba que Adit explorase el camarote, pero a este no podía importarle menos aquello. Él se centró en su teléfono, ignorando completamente el camarote, el crucero y que fuesen a surcar el espacio. También esperaba que saliese del camarote para ver el despegue del navío, pero no pareció importarle en lo más mínimo.

Kyman era consciente que Adit ya no era aquel niño risueño y soñador de hacía tres años. Era consciente que, aquel día, murió aquel niño desapareció junto con su ojo. No obstante, tenía la esperanza de que,

dejándolo solo, a su aire, aquel niño resurgiese.

Aunque no lo aparentase, le gustaba aquel niño. Era agradable y divertido. Le daba vida a la casa verlo correr por todas partes, jugando a que era un temido pirata junto con sus amigos, y gritando a los cuatro vientos que algún día zarparía en su propio barco para vivir aventuras.

Quería volverlo a verle tan feliz e inocente.

—¿No vas a ir a la cubierta a ver como zarpa el crucero?

—No, estoy bien.

Adit no había cambiado tanto como se mostraba ante su familia. En el fondo, seguía queriendo salir al espacio a vivir aventuras. Disfrutaba leyendo sobre piratas y aventureros explorando el espacio exterior, viviendo cientos de aventuras. Aunque apenas había libros sobre piratas y la mayoría de aventureros estaban al servicio del Imperio.

Sin embargo, gracias a su nueva forma de ver, podría ver perfectamente como zarpaba el crucero desde la comodidad de su camarote. Incluso estaba pensando en quitarse el parche. No confiaba en Kyman. Su padre le inculcó aquella desconfianza hasta la medula. Pero le gustaba sentirse cómodo. A pesar de no resultarle incomodo llevar el parche, prefería no llevarlo tanto tiempo puesto.

Iba a quitárselo, sin embargo, Kyman lo agarró del brazo y lo obligo a levantarse.

—Yo si quiero verlo. Acompáñame —sentenció Kyman. Adit no se negó. En el fondo le gustó que se interesase en él. Pero no le mostró ninguna emoción. Esta forma de actuar le causó una gran molestia a Kyman, ya que Adit se estaba convirtiendo en un hombre como él. No iba a permitir aquello. No solo por su pacto con Tysie, sino por sus propias convicciones.

Kyman y Adit fueron hasta la cubierta en la proa del barco. Adit se dio cuenta que, en aquel barco, no había un mascaron de proa. Y su forma por debajo no era la típica de un barco. Llegado cierto punto, era completamente lisa.

En la barandilla de proa había un par de decenas de niños junto con sus padres esperando impacientes que el crucero zarpase. A pesar de ser tantos, el crucero era suficientemente grande como para que su cubierta permitiese que todos ellos estuviesen espaciados.

Adit y Kyman permanecieron un poco alejados.

Los trabajadores del crucero pidieron a los presentes que se alejasen por seguridad, pues iban a zarpar pronto y las llamas de proa podrían dañarles. Tuvieron que ser bastante insistentes en aquel tema porque había algunos que no llegaron a comprender el peligro que podía llegar a ser. Con los que no pudieron, los dejaron hacer lo que quisiesen. Luego los llevarían a la enfermería a tratar sus quemaduras.

El crucero emprendió su viaje hacia el espacio. Conforme fue cogiendo velocidad, las llamas comenzaron a aparecer. Estas asustaron a algunos niños, los cuales lloraron abrazados a sus padres, quienes se marcharon de allí para calmarlos. Ver aquella escena, de cierta forma, le trajo viejos recuerdos a Adit. No solo fueron los recuerdos de hacía tres años. Aquella escena le trajo recuerdos de su primer viaje al espacio hace ya más de diez años. Sus recuerdos de aquel tiempo eran borrosos y difusos. Apenas era capaz de recordar un par de imágenes. Sin embargo, recordó lo que sintió estando entre los brazos de su padre. Sintió emoción por salir al espacio en un barco. Sintió tristeza por abandonar su hogar. Sintió miedo por ir hacia lo desconocido.

En aquel entonces, a pesar de su corta edad, comprendió lo que era la muerte. Aun así, no lloró por la muerte de su madre. Ni si quiera era capaz de recordar los momentos que vivió junto a ella. Era demasiado pequeño. Su padre siempre intentó mantener su memoria viva. Le contaba anécdotas de ellos tres viviendo en aquella posada. A Adit le dolía no poder recordar a su madre.

Una lágrima silenciosa salió sin permiso, recorriendo su mejilla antes de que pudiese limpiársela rápidamente. Aquella acción no pasó desapercibida para Kyman, pero este no dijo ni hizo nada. Se quedó como siempre, impasible ante todo.

Estuvieron allí hasta que las llamas se extinguieron, saliendo por fin de la atmosfera del planeta. Una vez fuera de esta, Kyman se marchó, seguido de Adit, hasta la popa. El lugar estaba igualmente concurrido por familias y parejas observando como Biport se iba haciendo cada vez más y más pequeña. Observando su sol iluminar las aguas de Biport.

Volvieron a pasar al lado de sus tres lunas. Desde la última vez, habían iniciado un proyecto para colonizarlas como era debido y crear más puertos espaciales en ellas. El gobierno de Biport quería convertir su planeta en una zona turística y en un punto estratégico del comercio del sector de Ultramar. Con toda la inversión que estaban haciendo, parecía que pronto lo conseguirían.

“Justamente nos teníamos que marchar cuando las cosas se iban a poner interesantes por el sector”, pensó Adit, observando las luces de las

colonias de las lunas. Pero no tardó en relacionar su abrupto viaje y ese hecho. Supuso que, en parte, era por eso que se marchaban. Zayre ya no podía mantener el control sobre aquella región del sector. Iba a llenarse de Imperiales que protegiesen las rutas comerciales o buscasen industrializar aquel sector para nutrir su maquinaria de guerra.

Después de abandonar el sistema solar, cada uno fue por su lado. Kyman decidió volver al camarote para poder quitarse la piel digital y descansar un poco, mientras que Adit decidió explorar un rato el barco. Un hecho que puso feliz a Kyman.

Adit vagabundeo por el barco sin rumbo alguno buscando cualquier lugar interesante. Primero paseó por las tres cubiertas, encontrándoselas llenas de personas. Algunas tomando el "sol" en las hamacas alrededor de la piscina, otras en bañador, tomando cocteles y disfrutando del ambiente. Otros dentro de la piscina exterior. La mayoría, como Adit, exploraban el lugar. Pocos eran los que se quedaron observando las luces distantes en la oscuridad.

Adit se vio tentado de hacer lo mismo, sin embargo, las miradas indiscretas y murmullos de las personas a su alrededor lo hicieron desistir. Ya encontraría un lugar más tranquilo donde pararse a mirar aquellas hermosas luces.

Se adentró en el barco, caminado por sus amplios pasillos y estancias, todos ellos con aquella moqueta roja y con las paredes repletas de cuadros o espejos. En cada rincón había vitrinas con plantas. También se podía encontrar ciertas habitaciones que parecían bosques en miniatura. Quiso entrar a explorar y ver si realmente eran plantas o solo eran objetos que imitaban su aspecto, sin embargo, como siempre había gente allí adentro que, al acercarse, no podían evitar mirarlo y eso lo incomodaba.

Continúo caminando por los pasillos hasta que se encontró con una parte del crucero que parecía ser un centro comercial. Varios pisos de tiendas se apilaban alrededor de una plaza donde había gente comiendo bajo una luz que emulaba la luz solar.

Esta zona estaba más repleta de gente, por lo que, mientras caminaba tranquilamente, notó como la gente que se cruzaba intentaba evitar mirarlo. Por lo menos, ellos eran más respetuosos y educados que los pasajeros de la cubierta. Aunque, los niños aun no sabían ser respetuosos y discretos. Curiosos, lo miraban sin pudor, lo señalaban y preguntaban a viva voz a sus padres por el parche.

Pocos eran los que se atrevían a acercarse a preguntarle por su parche, ya que el aspecto de Adit era intimidante y su expresión seria y mirada indiferente asustaba a los niños. Al percatarse de ello, los padres rápidamente apartaban a sus hijos y se disculpaban por lo ocurrido.

Intentando no molestarlo. A algún que otro niño insistente le contó una pequeña mentira sobre la pérdida de su ojo.

Su repentino cambio de actitud y expresión facial, desconcertaba a los padres y a los presentes. Él se agachaba para estar a la altura de los niños y, con una sonrisa que le llegaba hasta la mirada, les contaba una historia corta y fantástica sobre la pérdida de su ojo. Cada vez que la contaba era diferente. Pero cada vez le sacaba una sonrisa al niño al que se la contaba.

Adit exploró aquel centro comercial, adentrándose sin darse cuenta a una sección para adultos. Un lugar donde había varios bares de copas, discotecas y casinos. Él se acercó a un casino, el cual tenía una hilera de tragaperras en la entrada. Algunas de ellas estaban vacías. Entre estas, había una que estaba a punto de entregar el premio. Adit entró sin dudarlo para llevarse eses premio, sin embargo, un guarda de seguridad lo detuvo para que no continuase. Este tenía expresión aburrida y hastiada.

—Los menores de dieciocho no pueden entrar en un casino —dijo el guardia monótonamente, pues había tenido que detener a varios menores de entrar en el casino—. Retírate, por favor.

—¿Cómo sabes…?

—¿Cómo se la edad que tienes? No soy ciego. Se reconocer la edad que tiene una persona. Sé que no tienes mucho más de dieciséis. Además, tengo acceso a los registros de los pasajeros en todo momento —comentó mirándolo por encima de sus gafas de sol, pudiendo ver así un brillo verde en la pupila de este—. Ahora que ya estás satisfecho, ¿puedes retirarte?

—Está bien… Está bien… Ya me retiro. Pero antes. Aquella máquina está a punto de caramelo —dijo Adit, señalándola, mientras se alejaba a paso lento.

—Una pena que no pueda jugar en horario laboral.

—Lo siento…

—Bueno, no te preocupes, mi sueldo es más que bueno. Adiós.

—Adiós —respondió despidiéndose con la mano.

Después de tantas horas recorriendo los pasillos del crucero, a Adit le entró hambre, así que fue a buscar un bar cercano donde comer. Como con el guarda del casino, muchos le prohibieron la entrada a ciertos locales por ser menor. Al encontrar un bar que le permitiese la entrada y pedir, le negaron la bebida con alcohol, una piña colada, y se le

entregaron sin alcohol.

Mientras devoraba su hamburguesa, una mujer joven se sentó en la barra, al lado de Adit. Esta era una mujer imperial. A este no le pareció ni extraño ni incomodo, debido a que el local era pequeño. Constando de tan solo una barra y unas pequeñas mesas que tan solo permitían que se sentase una persona en frente de otra.

Ella pidió la misma bebida que Adit, pero con alcohol.

—Oye, ¿quieres un poco? —le preguntó ella ofreciéndole su bebida sin haberla si quiera probado.

—No —respondió sin dudarlo para, acto seguido, continuar con lo suyo.

—Vale… creo que he comenzado con mal pie. Es que, te he visto por el crucero. Y me ha dado curiosidad tu parche. Le has contado historias bastante surrealistas a los mocosos que te han preguntado. ¿Me podrías decir como perdiste el ojo? Si no te importa…

Adit se giró a mirarla con reproche por haber sido tan directa e indiscreta al preguntar, sin embargo, se lo contó:

—Estuve muy enfermo y tuvieron que quitármelo. Me lo quitaron de forma sucia. Tuvieron que quitar mucho más de lo que es el ojo y por ello no puedo llevar una prótesis. Ni si quiera un ojo de cristal. ¿Contenta?

—No… Yo… Uff… Lo siento. Siento mucho haberte hecho recordar… eso…

—Bueno, si tanto lo sientes, hazme olvidarlo.

La mujer y el camarero se quedaron un momento quietos ante las palabras de Adit. Este continuó comiendo tranquilamente sin percatarse de la incomodidad que había generado. No se dio cuenta de esta hasta que se giró y vio a la mujer con la cara roja.

—Te ha subido rápido el alcohol, ¿no?

—No, no es eso.

—Pues venga, cuéntame algo que me quite el mal sabor de boca. Tendrás muchas anécdotas que contar, ¿no? Si te dedicas a seguir a gente con mi apariencia y a preguntarles tan directamente por sus problemas, te habrás metido en algún lío.

—A-Ah… Bu-Bueno… ¡Sí!

—Pues cuenta, cuenta.

Nieve

Pasaron diez días de viaje en los que Adit se los pasó explorando el barco junto a la joven del bar. Ella nunca le dijo su nombre, y tampoco se lo pidió a él. Nunca llegaron a presentarse, aun así, se contaron cientos de historias personales, intimas. Forjaron una profunda amistad en cuestión de días. Una amistad que surgió repentinamente y sin que ninguno la buscase. Una amistad que, como llego, se fue.

Adit se marchó un día sin quiera llegar a despedirse. Y nunca lo harían.

La única despedida que se dieron el día anterior fue su típico "hasta luego", esperando encontrarse la mañana siguiente en el comedor para desayunar. Al día siguiente, llegaron a Esterlyn, y Adit no apareció con su padre por el comedor.

Esterlyn era una luna gigantesca, inmóvil al lado de su planeta. Su tierra era grisácea, cubierta de gigantescos cráteres, los cuales estaban cerrados al espacio por grandes y gruesos cristales que dejaban ver la llegada y partida de las naves. Dentro de estos cráteres había ciudades. Cada una se veía distinta. Una tenía la estética de una ciudad de Biport, islas dentro de un gran mar. Otras eran ciudades repletas de carteles de neón, cemento y gente. Unas pocas apenas eran capaces de mostrarse, pues solo se podía observar las copas de los árboles.

El crucero aterrizó en una zona preparada para que las naves de tal tamaño y con una gran cantidad de agua líquida preparada para ello. El crucero atracó sin problemas en aquel puerto. Unos conductos se movieron desde el suelo, arrastrándose por las paredes del barco hasta llegar a las compuertas, donde se unieron herméticamente a estas, permitiendo que los trabajadores del crucero pudiesen abrir las compuertas.

Los tubos se estiraron y ensancharon hasta formar pasillos lo suficientemente amplios como para andar varias personas cómodamente, con una ligera inclinación y con una temperatura agradable. Permitiendo así que los pasajeros bajasen cómodamente.

Adit y Kyman bajaron del crucero, ya habían terminado su viaje en este.

Recorrieron los pasadizos bajo tierra, mediante unas cintas transportadoras que lo llevaron hasta el cráter más cercano. Este albergaba una ciudad en unas pequeñas montañas nevadas. Aquella era la primera vez que Adit veía, sentía y tocaba la nieve. También era la primera vez que sentía un frío así. Quiso ir inmediatamente al exterior para jugar con ella, pero Kyman no le dejó. Al ver su clara intención de ir

a jugar con la nieve, Kyman lo llevó a alquilar ropa de abrigo por unos cuantos días.

Después de aquella parada, fueron a hospedarse a un resort vacacional. Pasarían allí tres días, esperando a que llegase la siguiente nave que los llevase hasta su siguiente destino, Novak, un asteroide controlado por el Imperio que funcionaba como puerto espacial para entrar en la Fisura.

Una vez finalizado, Kyman liberó a Adit, quien no dudó en salir corriendo hacia la nieve. Aquel resort constaba de una pista para esquiar. Esta fue la que llamó completamente la atención de Adit. Nunca había visto la nieve hasta aquel momento. Así que fue corriendo hasta un lugar lleno de esta, un camino de paso para los que subían a tirarse con los esquís, para tirarse de cara sobre esta. Se revolcó sobre la fría nieve, helándose por el frío del clima y la nieve sobre su ropa, piel y pelo. Adit disfrutó de la nieve como si fuese un niño. Al ver esto desde la ventana de su habitación, Kyman se sintió más tranquilo. Poco a poco, el antiguo Adit se volvía a mostrar. Adit no podía ocultar su verdadero ser cuando se creía solo.

La primera vez que tocó la nieve la sintió fría y pastosa. No sabía cómo describirla o con qué compararla, ya que solo conocía la arena, y no se parecía en nada a la arena. Solo sabía que estaba fría y era más moldeable que la arena.

Adit decidió cumplir con uno de sus sueños de su niñez: hacer un muñeco de nieve. Como los que había visto hacer en las películas. Él intentó hacer una bola de nieve gigante, como en las películas, para poder hacer el muñeco de nieve. Sin embargo, no era tan fácil como en las películas. Por más que rodase su pequeña bola de nieve por esta, no era capaz de hacerla más grande.

Cerca de donde estaba jugando tranquilamente con la nieve, en una pequeña plaza cubierta de nieve y rodeada por árboles sin hojas, había un grupo de chicos de su edad jugando a lanzarse bolas de nieve. En aquel momento lo vieron, de espaldas, intentando hacer una bola de nieve gigante. Ellos se burlaron de él por su absurda ocurrencia. Uno de ellos decidió tirarle una bola de nieve para molestarlo. Grande fue su sorpresa cuando Adit la esquivó sin problemas. Apartándose rápidamente para evitarla. Luego, se giró a mirar directamente a los ojos al chico que se la había lanzado.

Este chico sintió como si lo estuviese apuñalando en el alma. La mirada de Adit era penetrante y su cara de pocos amigos no mejoraba la incomodidad del chico. Los amigos que se encontraban a su alrededor se quedaron mirando la situación sin comprender nada, pero comenzando a sentir un nudo en su estómago, sentían que algo malo podría pasar, que habían despertado a una bestia. Sus instintos más básicos les gritaban que no se moviesen o podrían desequilibrar aquella situación, provocando

el ataque de la bestia.

Pasaron unos largos segundos, los cuales les parecieron minutos, hundidos en aquel el incómodo ambiente, hasta que, en un rápido movimiento, Adit le lanzó directamente a la cara una bola de nieve a aquel chico que estaba mirando fijamente. Esta la había estado haciendo lentamente durante aquel tiempo que habían permanecido mirándose a los ojos.

Las carcajadas de Adit inundaron los oídos de los chicos, despertando con ellas de su trance.

Molesto por tal acción, el chico se limpió la nieve de la cara y se agachó para recoger nieve y lanzársela a Adit, quien, sin ningún tipo de problema, la esquivó y le lanzó otra directamente a la cara, volviendo a carcajearse por lo sucedido. Esta acción molestó al grupo de adolescentes, quienes se prepararon para iniciar una batalla en contra de Adit. Su único objetivo, llenarle la cara de nieve a Adit.

Estos se agruparon en tres tríos y se resguardaron detrás de montones de nieve y árboles. Desde allí comenzaron a amasar bolas de nieve mientras vigilaban la posición de Adit, quien había comprendido lo que iba a ocurrir y se preparó para ello. Al igual que el resto de adolescentes, se ocultó y comenzó a preparar sus bolas de nieve.

El ataque de los adolescentes comenzó. Bolas de nieve cayeron incesantemente sobre el escondite de Adit. Se habían organizado para atacarlo desde varios flancos. Unos lanzaban mientras que otros producían las bolas de nieve.

No parecía que fuese a cesar pronto la lluvia de nieve. Aun así, Adit pudo ver una clara ruta de escape. En otras circunstancias hubiese creído que era una trampa para eliminarlo o incapacitarlo, sin embargo, con adolescentes normales y corrientes, era más que seguro.

Agarró tres bolas de nieve y se preparó para salir disparado hacia el flanco izquierdo del enemigo, él más débil y de peor puntería. En el momento en el que redujeron la cadencia de tiro, salió corriendo. Para ellos fue como si una sombra hubiese salido corriendo de aquel pequeño montón de nieve.

Adit lanzó las tres bolas de nieve, las cuales impactaron en los rostros del grupo del flanco derecho, aturdiéndolos aún más y permitiéndole ingresar en el pequeño conjunto de árboles que había cerca.

Él se ocultó detrás de un tronco, pero no se quedó mucho tiempo allí. Fue pasando de escondite en escondite. Los adolescentes no sabían dónde estaba. Lanzaban bolas de nieve a lo primero que veían moverse. Pero nunca le daban. En cambio, Adit sí que les daba con sus tiros. Siempre en

el rostro. Parecía que no podían hacer nada para evitar el ataque de Adit.

Para picarlos, Adit comenzó a lanzarles gritos de ánimos. Ni si quiera escuchando su voz eran capaces de averiguar donde se ocultaba.

Un grupo de ellos, artos de tal situación, se adentraron en los árboles, con bolas de nieve en mano, preparados para lanzársela a Adit en cuanto lo viesen, o estampárselas en la cara.

Ellos se dispersaron por todo el conjunto de árboles, cada uno por su propia cuenta, sin ningún tipo de interacción entre ellos. Aquella aleatoriedad provocó una sobrecarga de información en Adit. No podía estar pendiente de cada uno de ellos, por lo que se centró en aquellos que estuviesen cerca de él. Un gran error.

Cada vez que se acercaban demasiado a su escondite, aunque fuesen pocas veces, Adit daba una palmada y cambiaba su posición a una más alejada. Sabía que no debía hacerlo, que era peligroso, aun así lo hizo. No quería perder. Y aquel fue su gran error. Sin darse cuenta de quien se encontraba cerca, apareció repentinamente detrás de un árbol. Justamente en el momento en el que uno de los adolescentes pasó por el lado de aquel árbol, dándose cuenta de su presencia y tirándole la bola de nieve, un poco por el susto que se dio al encontrárselo repentinamente, agazapado y en silencio.

Adit ni tuvo que esquivarla, ya que esta bola de nieve ni si quiera le rozó. Cayó delante de él. Ambos se quedaron en silencio, observando el montón de nieve.

—ADIT, HIJO, ¿DÓNDE ESTÁS? —el grito de Kyman resonó por toda la plaza. A pesar de no poder verlo y de ser un grito normal de un padre de familia preocupado por su hijo, los adolescentes no pudieron evitar quedarse completamente quietos. Un indescriptible temor los invadió.

Adit fue el primero en reaccionar, dando un pequeño respingo. No se esperaba que fuese a buscarlo tan pronto. Inmediatamente, se levantó y se fue corriendo en busca de Kymam mientras gritaba:

—VOY, PADRE.

Los adolescentes lo vieron marcharse sorprendidos, aliviados y consternados. Estaban seguros de que se encontraba escondido en otra parte, detrás de otro árbol.

—¿Qué pasa?

—Vamos a cenar.

—¿Cuánto tiempo llevas observándonos?

Kyman tan solo lo observó por el rabillo del ojo antes de emprender el camino hacia el resort.

Muñeco de nieve

A la mañana siguiente, Adit volvió al mismo lugar para jugar con la nieve, con la esperanza de encontrarse a aquel grupo de adolescentes y continuar con el juego. Y allí se los encontró, luchando en una encarnizada batalla de bolas de nieve contra un grupo de adolescentes mayores.

Sin que se percatasen, Adit se deslizó por las trincheras de sus conocidos sin que estos se percatasen, colocándose detrás del chico que intentó darle por primera vez con una bola de nieve.

—¿Qué hacéis? —preguntó Adit, alertando a los adolescentes. Uno de ellos le lanzó la bola de nieve que tenía en su mano. Adit la esquivó sin si quiera mirar.

Los chicos se miraron entre ellos con duda y uno de ellos, el líder del grupo, los miró a todos. Tratándose su orgullo, asintió y se acercó a hablar con Adit mientras el resto continuaba con el ataque.

—A nosotros nos gusta venir aquí a jugar a batallas de bolas de nieve. Algunas veces lo hacemos con otros grupos. A los mayores también les gusta venir aquí, pero para fumar y jugar con las tablas de nieve. Hacen trucos de mierda con ellas. Son unos desagradables.

>>Por favor, ayúdanos a librarnos de ellos y, como agradecimiento, te ayudaremos a hacer un muñeco de nieve como es debido.

—¡Vale!

—Llévate a unos cuantos contigo mientras los distraemos. Los llenaremos de nieve.

—¡Bien! —Adit observó a los chicos y señaló a los dos que, por lo que ayer había observado, eran los que mejor se ocultaban y movían entre las sombras—. Esos dos se vienen conmigo.

—Id.

Los chicos asintieron y se deslizaron sobre la nieve, siguiendo a Adit hacia la trinchera enemiga. Gracias a los constantes ataques de sus compañeros y al pequeño rodeo que dieron para evitar que los viesen y posicionarse

directamente en la retaguardia del enemigo, consiguieron realizar la misión con éxito.

Una vez allí, ocultos entre los árboles. Se abastecieron de bolas de nieve e iniciaron el ataque. Los mayores no sabían ni por donde les llegaban. No pudieron reaccionar a tiempo y ocultarse antes de que llegasen los demás y continuasen el ataque, llenándolos de nieve.

Los mayores salieron corriendo bajo el ataque de los chicos, quienes celebraron su victoria con abrazos, gritos, risas y nieve.

Agotados por la celebración, se echaron sobre la nieve e intentaron normalizar su respiración. A pesar de no conseguirlo rápidamente, el líder del grupo no se detuvo mucho más a descansar. Aun con la adrenalina a flor de piel, se levantó rápidamente y se dirigió hasta donde se encontraba Adit, extendiéndole la mano para ayudarlo a levantarse y diciéndole:

—Vamos a hacer el muñeco de nieve más grande de Esterlyn. No. ¿Qué digo? ¡Del sector de Ultramar!

—Vale —respondió Adit, aceptando la ayuda para levantarse a pesar de no necesitarlo.

El grupo de chicos se organizó para hacer aquel muñeco de nieve gigante. Apilando toda la nieve que pudieron en una gran montaña de nieve, a la cual dieron una forma redondeada. Tardaron varias horas, en las que tuvieron varios problemas. A pesar de que la nieve se compactase con mayor facilidad que la arena, no se podía confiar en aquella estabilidad, y Adit lo aprendió por las malas. Se apoyó donde no debía, creyendo que la nieve, por su mayor resistencia que la arena lo aguantaría sin problemas. Grande fue su error. Cayó, arrastrando consigo la mitad del muñeco de nieve que habían conseguido hacer.

Sus nuevos amigos le ayudaron a quitarse la nieve y a salir del montón de nieve en el que había terminado.

—Se está haciendo tarde —dijo el líder, observando su reloj. Si no llegaba a su casa a tiempo, sus padres lo iban a castigar toda la semana—. Pero no pasa nada. Mañana podemos volver.

—¡Sí! —respondió emocionado Adit, levantándose y quitándose la nieve de la ropa. Luego se despidieron para marcharse cada uno a su casa.

A la mañana siguiente se encontraron otra vez en aquella plaza. Uno de los chicos había hecho un diseño de como deberían construir la estructura para que aguantase. Con mucho esfuerzo realizaron el gigantesco muñeco de nieve. Una vez terminaron, fueron a un centro comercial cercano a comer algo. Se fueron a una franquicia de hamburguesas famosa en el

lugar. Estuvieron allí un rato jugando en el lugar. Por la tarde, después de ver una promoción, decidieron ir al cine a ver una película sobre un arqueólogo que vivía aventuras por el espacio: John Joy.

Volvieron a la plaza para despedirse charlando animadamente de la película que habían visto. Esta inspiró a los chicos a formar una banda de arqueólogos en busca de antiguas culturas alienígenas en la basta galaxia. Iban animadamente, sin embargo, al llegar a la plaza, se encontraron con que el muñeco había sido vandalizado. Al examinarlo, los chicos se dieron cuenta que fueron los chicos mayores.

—No te preocupes, Adit, mañana haremos otro. ¡Y más grande!

—Me marcho mañana —dijo Adit, sonriendo tranquilamente—. Bueno… Ya llegaré a algún planeta con algo de nieve… en algún momento…

—N-No…

—No pasa nada, ya he cumplido mi pequeño sueño. Es tarde para mí. Nos vemos, mi padre debe de estar a punto de venir a por mí.

—Espera, ven mañana temprano. Lo terminaremos.

—Está bien. Hasta mañana.

Adit se marchó con la promesa de volver. La noche pasó, a pesar de no haber una diferencia entre el día y la noche en aquella luna. La mañana llegó. Los chicos llegaron y esperaron la llegada de Adit. Sus huellas aún estaban sobre la nieve. Esperaban que llegase en cualquier momento. Esperaron y esperaron. Pero Adit nunca llegó.

Decaídos por el amargo sabor de boca que les dejó el final con su nuevo amigo y el abrupto adiós, decidieron marcharse a otro lugar. Se sentían tristes por lo ocurrido. Y el líder no quería recordar el día anterior. No quería recordar la sonrisa de Adit.

La Fisura

La nave que abordaron para ir a Novak era notablemente más pequeña que el crucero. Aunque, teniendo en cuenta que apenas iban a subir una docena de personas y que iba a ser un viaje corto, de doce horas, era más que suficiente.

Tuvieron un viaje agradable y tranquilo, el cual se les hizo extremadamente corto. Por la escasez de gente en el barco, Adit pudo encontrar un lugar alejado de todos, un poco escondido, donde quedarse sentado observando las luces en la oscuridad. Aquel barco si tenía a un Sintiente en el mascaron de proa. Aquellos marineros si le temían y si

respetaban al Dios del Espacio.

Mientras Adit disfrutaba de la soledad, Kyman tuvo que relacionarse con los demás pasajeros y los marineros, los cuales no paraban de cuestionarle por el estado de Adit y su extraña naturaleza solitaria. Ellos creyeron que era alguien capaz de escuchar al Dios del Espacio. Se sintieron aliviados por tenerlos en aquel viaje, y le insistieron para que lo llevase a un templo de este dios en el siguiente puerto. Según ellos, debía iniciar con la formación para ser un sacerdote de la oscuridad.

Kyman manejó lo mejor que pudo aquella extraña y alocada situación, fingiendo ser un padre que nunca había salido de su planeta. Fingiendo una profunda preocupación porque no entendía la situación en la que se encontraban, ni que era lo que ocurría.

Kyman intentó varias veces perderles la pista, ocultándose en el interior del barco, pero aun debía vigilarlo. Allí no tenía una buena vista del lugar donde se encontraba Adit, por lo que no podía vigilarlo desde un escondite. No sabía en qué momento podría quedar en trance, por lo que debía de salir constantemente a la cubierta, donde se encontraban la mayoría de pasajeros rezándole al Dios del Espacio por un viaje tranquilo y seguro.

Así pasó todo el viaje hasta Novak. Fue un viaje molesto y estresante para Kyman, mientras que, para Adit, fue tranquilo, mostrando así un contraste entre sus actitudes, posturas y expresiones al ver como el barco se acercaba al anillo alrededor de la Fisura.

Allí en la proa del barco, observando la Fisura en frente de ellos, Kyman notó que Adit estaba extraño. Parecía tener un brillo extraño en el ojo. Pero no estaba seguro de si era producto de la luz de la Fisura que se abría ante ellos o si era debido a un estado de trance. Sin embargo, sus preocupaciones desaparecieron cuando este se giró, voluntariamente, a mirarlo a los ojos.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar?

—Solo unas horas. Abordaremos otro barco para introducirnos en la Fisura. Pero, esta vez, no vamos a ir por la parte… Imperial. No te alejes.

—Sí…

Adit volvió a observar la Fisura. Él temía que volviese a ocurrir algo al adentrarse en esta. Tenía miedo de lo que pudiese sentir, recordar o ver allí dentro. Estaba aterrado, pero no mostró aquel terror, solo su indiferencia. Por otra parte, Kyman temía que la Fisura, aquel extraño y mágico lugar, activase de algún modo los poderes de Adit. Temía que provocase un desastroso accidente, quedando a la deriva en el interior de

la Fisura, sin poder volver al camino, sin tener la posibilidad de ser rescatados.

Kyman intentó retrasar todo lo que pudo aquel momento, pero, para llegar a tiempo hasta Snie, debía pasar por la Fisura. Por lo menos, había conseguido reducir las veces que debían de usarla para llegar hasta Snie, aunque debía de sacrificar su comodidad en gran parte del viaje para ello.

—¿Cuánto tiempo estaremos dentro?

—Una semana.

—Es mucho.

—Lo sé… Prepárate para pasarla todo el tiempo encerrado en el camarote. No me quiero arriesgar.

—Entiendo…

Cada segundo que pasaban, el temor y la desolación invadían lentamente el corazón de Adit. Cada segundo lo acercaba más a tener que adentrarse en la Fisura. Cada vez le costaba más ocultar sus emociones. Cada vez le costaba más mantenerse tranquilo. Esperar su partida hacia la Fisura era una tortura que lo estaba llevando al límite de sus capacidades.

Adit era incapaz de relajarse o concentrarse en cualquier otra cosa que no fuese el tiempo que faltaba para adentrarse en la Fisura.

Para intentar relajarse, buscó la existencia de alguien esperándolo al otro lado de esta, por si ocurría algo similar a la última vez que se adentró en una. Pero no encontró a nadie. Aquello debió de darle algún tipo de alivio. Es lo que él quería. Es lo que necesitaba. No obstante, no lo alivió.

No quería entrar en la Fisura. No quería estar solo en aquel momento. Necesitaba a su padre para afrontarlo, pero estaba lejos, demasiado lejos. Nunca podría llegar a tiempo para socorrerlo en aquel momento. Y su tío tampoco lo dejaría ir a rescatarlo.

Estaba solo en aquel momento.

Abordaron el nuevo barco, un crucero similar al primero. Solo un poco más pequeño. Adit fue directo en busca del camarote. Una vez allí, se puso la televisión para intentar distraer su mente y se acostó en su cama. Se encontraba lo suficientemente escondido en el camarote como para sentirse seguro.

Como cualquier otra cama para niños, esta se encontraba agarrada a la pared, a una altura lo suficientemente alta como para no poder subir de

un salto. Por lo menos no sin chocarse contra el techo.

En la habitación no había una sola ventana. Esa vez, Kyman la había elegido así por la Fisura. Sabía sobre el ataque que tuvo la última vez, no quería arriesgarse a que tuviese otro.

Adit intentó ver la televisión, centrarse en el programa que estaban echando, sin embargo, no podía dejar de pensar en la Fisura. Estaba completamente quieto sobre la cama, observando atentamente el blanco techo. Escuchando los latidos de su corazón y su respiración irregular por sobre la conversación del programa.

Kyman notó aquello, quiso darle su espacio. Pero no podía abandonar el camarote ni iba a dejarlo solo en aquel momento por lo que pudiese pasar. Por si Adit necesitase ayuda.

Para que se sintiese más cómodo, Kyman decidió fingir que se había dormido profundamente al tocar el colchón. Sin embargo, al quitarse la piel digital, se dio cuenta que no le había entregado a Adit la pulsera. Era una pulsera metálica de color gris pálido. Estaba hecha de una aleación especial y experimental que había creado Zaraide para intentar contener los poderes de Adit. Desde que Adit comenzó a tener aquellos momentos de trance donde usaba sus poderes descontroladamente, Zaraide había buscado desesperadamente una forma de contenerlos. Sin embargo, hasta el momento, no la habían encontrado nada que funcionase. La aleación de aquella vez ni si quiera la había podido poner en práctica, por lo que, su efectividad era completamente desconocida.

Al acercarse a ponerse la a Adit, se dio cuenta que este se encontraba en un terrible estado. Pero no sabía qué hacer o decir. No sabía que le estaba pasando por la mente. Así que solo se la colocó y se marchó a fingir que estaba durmiendo.

Ni si quiera el frio del metal lo pudo sacar de sus pensamientos. No podía dejar de pensar en que ya debían de estar dentro de la Fisura. No podía dejar de pensar en lo que sintió la última vez que estuvo dentro de la Fisura. El miedo de que algo invisible llegase a observarlo fijamente lo inundó. Pero no duró mucho tiempo antes de que lo inundase su segundo gran temor: los recuerdos de su infancia junto con su madre en la posada.

Los recuerdos lo inundaron, ahogándolo en sentimientos y sensaciones que creía olvidadas. Recuerdos de su más tierna infancia en la posada. Recuerdos de su madre. Una mujer hermosa, alta, de tez un poco más oscura que la de él, de ojos negros y una sonrisa perpétua en el rostro.

Aquella mujer adoraba a su hijo. Se pasaba el día entero junto a él. Intentaba no separarse ni un solo instante. Quería que sui hijo estuviese

feliz mientras ella pudiese estar con él. Se pasaba horas jugando con él sin pedir un instante para descansar. Entreteniéndole. Enseñándole todo lo que su pequeña mente podía aprender y entender.

Cuando comenzó a dormir cada vez más, le pidió a Tysie que dejase entrar a su habitación a su hijo siempre que quisiese. Pero este decidió arreglar una parte de la habitación para que Adit pudiese jugar tranquilamente allí. Creó una pequeña habitación de juegos en un rincón de su habitacion. Así, cuando ella despertase, no perdería ni un solo segundo para estar con su hijo.

A pesar de no querer perder ni un solo segundo con su hijo, tampoco quería aislarlo del mundo, por lo que le pidió a Tysie que lo llevase a parques y a plazas, que lo ayudase a hacer amigos, si Adit no era capaz. Tysie aceptó con la condición de que ella también fuese. Su única respuesta fue una risa ligera.

Fue con ellos siempre que pudo, dejando al cargo a su mejor amiga y mano derecha, Nina, en el negocio. Sin embargo, aquello no duró más de dos meses. Su condición la hacía dormir cada vez más tiempo. De vez en cuando dormía pequeñas siestas repartidas por todo el día. Cabezadas momentáneas que la desconectaban de la realidad y asustaban a sus acompañantes. Otras veces, dormía de un tirón todo aquel tiempo. Otras, eran grandes siestas concentradas en la tarde.

Ella aguantó todo lo que pudo despierta. Siempre lo hizo. Pero no iba a durar eternamente. Sabía perfectamente que su fin estaba cerca. Siempre lo supo. Por ello se aseguró de buscarle un padre a su hijo. No quería dejarlo solo una vez dejase de despertar.

Durante sus últimos meses de vida, su hijo nunca se apartó de su lado. Parecía tener la sensación de que pronto la perdería, por lo que decidió permanecer en su habitación. Para que lo pudiese ver al despertar y estar juntos los pocos minutos que se mantenía despierta.

Un día ella despertó, con la cara devorada por la falta de alimento, los ojos hinchados y llenos de legañas de tanto dormir y el pelo graso.

—Adit —susurró lentamente con la voz ronca y apagada—. ¿Qué haces?

—Estoy pintando.

—¿Puedo pintar contigo?

—¡Sí!

Inmediatamente, Adit se levantó de su sillita y fue a colocar una mesa con ruedas que se acoplaba a la cama para que su madre pudiese pintar con

él. Luego, dejó sus hojas y colorines sobre esta. A continuación, incorporó a su madre utilizando el mando de la cama. Finalmente, se subió a la cama para estar al lado de esta y pintar.

Por primera vez en años, aguantó despierta una tarde entera sin que hubiese ningún problema. Ella consiguió reunir las fuerzas para volver a hablar y pintar con fluidez. Pudo mantener una charla con su hijo. Gracias a la cual se dio cuenta de todo lo que se había perdido, y de todo lo que se iba a perder. Su hijo no solo era más grande, también era capaz de hablar con fluidez, pronunciar palabras que antaño apenas era capaz de articular, entender sus palabras y las situaciones. Con tan solo una tarde, se dio cuenta de todo lo que se había perdido, del lugar que había ocupado Tysie en la vida de su hijo y del excelente trabajo que realizó.

Un poco más tranquila, fue capaz de pronunciar sus últimas palabras para Adit.

—Adit, estoy cansada, ¿quieres dormir conmigo?

—Sí.

Adit se levantó para apartar la mesa y volver a recostar a su madre. Pero no tardó mucho en volver al lado de esta. Él se acomodó al lado de su madre, recibiendo un abrazo de esta.

—Buenas noches, mamá —dijo Adit antes de caer rendido. Había sido una tarde plagada de emociones que lo agotaron. Estaba feliz de volver a ver a su madre despierta. Pero, a su vez, sabía que no iba a mejorar, que aquel iba a ser su último día junto a ella antes de que empeorase.

—Buenas noches, Adit —respondió ella rompiendo en llanto. No quería morir. No estaba preparada para ello. No quería perderse la vida de su hijo. Quería estar allí, con él. En las buenas y en las malas. Quería enseñarle el cosmos. Quería vivir aventuras como en las historias de piratas que le contaba de pequeño. Sus aventuras con nombres cambiados.

Intentó aguantar un poco más con los ojos abiertos, pero el cansancio le ganó, cerrándolos por última vez.

Se arrepintió. Por primera vez en su vida, se arrepintió de haber tenido a Adit tan tarde. Si solo hubiese ocurrido unos cuantos años antes, no tendría que abandonarlo siendo tan joven.

Poco a poco fue perdiendo la conciencia y hundiéndose en los vagos y borrosos recuerdos de su juventud. Ni si quiera en el momento de su muerte podría recordar la cara de su difunta familia. La voz de su madre al llamarla. Los abrazos de su padre. La cantidad de hermanos que tenía.

No recordaba nada con claridad y el sentimiento de miedo crecía rápidamente. Rodeada de extrañas y distorsionadas siluetas que suponía que eran los intentos de su mente por traer recuerdos agradables que la reconfortaran en su muerte.

Huyó de aquel bizarro lugar en busca de su hijo. No iba a morir y a dejarlo solo. No podía. Era demasiado pequeño como para dejarlo completamente solo. Debía de resistir.

Corrió entre los retorcidos recuerdo de su juventud, incapaz de distinguir hacia donde iba o de dónde venía, buscando desesperadamente una forma de volver a abrir los ojos.

Sabía que su mente iba a intentarlo todo para detenerla. Para darle una muerte tranquila. Se preparó mentalmente para resistirlo todo, sin embargo, esa mente es suya. Es su voluntad. Sabe cómo convencerse para aceptar la realidad. Por ello, usó caras conocidas que le despertasen sentimientos conocidos, en vez de usar aquellas caras olvidadas de gente que quiso con todo su corazón y su alma, pero que ya no era capaz de recordar.

Su mente conspiró en su contra para que se detuviese, haciéndola chocar de frente con un muro de carne mullida. Al observarlo, se encontró con un amor de su juventud, Anrak. Una mujer de una especie extinta, y ella junto a esta. De piel suave y parda. Cuatro brazos con los que la abrazaba con fuerza y la sostenían con delicadeza. Unas grandes manos que la tocaban como si fuese a romperse con el menor roce. Unos ojos oscuros, cuyas miradas era incapaz de descifrar. Al igual que sus expresiones faciales.

—Querida… —dijo Anrak acariciándole la mejilla con cuidado—. Estás tan hermosa como el día en el que te fuiste.

—Tú también… —respondió ella agarrando la mano de Anrak con firmeza. Arrepintiéndose de haberse marchado aquella noche sin despedirse apropiadamente.

Negó repetidas veces con la cabeza separándose del toque de Anrak. No debía de caer en aquellos trucos. Debía continuar buscando una forma de escapar.

Retrocedió dando pequeños pasos mientras los recuerdos la inundaban. Buenos recuerdos de su juventud con aquella mujer. Disfrutando de la exploración del espacio y de mundos habitados por criaturas increíbles, pero sin vida inteligente ocupándolos. No por el momento.

Estuvieron juntas por décadas viviendo aventuras, hasta que, un día como cualquier otro, Anrak quiso volver a su planeta a visitar a su familia. Sin

ningún tipo de problema, volvieron. Estuvieron unos meses y, una vez quiso volver a surcar el espacio, ella le pidió que se quedasen allí. Anrak quiso asentarse y tener una vida tranquila.

Lo intentó. Con todas sus fuerzas intentó quedarse a su lado y mantener una vida tranquila. Pero sus ansias por descubrir el universo la obligaron a marcharse otra vez.

Lo hablaron varias veces. Anrak se quedó. En su planeta y tuvo una vida tranquila hasta el día de su muerte. Por supuesto, ella fue a su lado a verla morir. Ahora, era el turno de Anrak de estar a su lado. Aunque realmente no fuese ella.

Retrocediendo, chocó con un pecho de un hombre humano. No quiso darse la vuelta. Sabía perfectamente de quien se trataba. Era su gran amor de aquellas últimas décadas de su vida. Él hombre con el que compartió grandes aventuras y batallas.

Él la rodeó con sus brazos. Era grande. Mucho más grande que un humano promedio. Medía alrededor de cinco metros. Su piel era blanca. Hasta donde ella sabía, era de una etnia especial de aquel tipo de humanos. Aunque ella era incapaz de distinguir las etnias humanas. Todos le parecían iguales.

—Yabora… —susurró él en el oído de ella con su gruesa voz— Mi Yabora… Te llevaste mi corazón cuando te fuiste.

—Lo siento tanto… Pero no quería arruinar tus aventuras por tener que cuidarme. Iba a morir pronto. Te lo dije.

—Fafafafa—rio de aquella forma escandalosa que tenía él—. Me lo decías en cada oportunidad. Aun así, te quedaste a mi lado hasta casi el último momento.

—Sí… —respondió melancólica.

—¿Por qué te fuiste para morir sola?

—Porque así sería más fácil marcharme. Pero solo lo compliqué todo. Tengo que marcharme. Tengo que despertar. Adit me espera.

—Lo dejaste en buenas manos.

—Tysie es un buen hombre y un buen padre, pero… no puede proteger a Adit. Es débil.

—Sabes que una vez lo encuentre, te veré en él y lo protegeré con mi

vida.

—Lo sé. Sé que no eres rencoroso. Que solo ves la parte buena de las personas. Pero el tiempo puede haberte cambiado. Hace siete años que me marché. Ya no eres el hombre que dejé atrás.

—Sabes perfectamente que eso no cambiará nunca. Son mis principios. Los pilares de mi ser.

—Lo sé…

—Tysie es un gran padre. Con tus indicaciones, preparará a Adit para la vida.

A lo lejos ve a Tysie jugando con Adit en un parque. El hombre a sus espaldas la suelta para ir junto con Tysie y Adit. Ella observó la espalda de este, con aquellos músculos marcados y el tatuaje de un tigre sentado tranquilamente observando el mundo con tranquilidad.

—¿Vamos? —le preguntó Anrak abrazándola con uno de sus brazos por la cintura.

—¿A dónde?

—Con ellos.

—Sí, vamos.

Ambas comenzaron a andar hacia el parque, donde madre e hijo pudieron jugar juntos por el resto de su vida. Los pocos días que permaneció durmiendo antes de morir.

Recordar la última vez que vio a su madre despierta, como despertó y esta nunca lo volvió a hacer. Recodó los días posteriores. Recordó como intentó despertarla desesperadamente. No quería que se quedase durmiendo para siempre. Pero querer no es poder.

Adit lloró la muerte de su madre como aquel día. Lloró durante todo el viaje en silencio, aunque Kyman igualmente lo escuchó.

Al abordaje

Adit se pasó todo el viaje llorando en silencio. De vez en cuando, soltaba pequeños jadeos ahogados e hipidos. Su cuerpo temblaba de vez en cuando. Kyman lo notó, pero no supo cómo reaccionar. No tenía la confianza suficiente como para ir y consolarlo o darle su apoyo. Por ello,

no ocurrió nada en aquella habitación.

Una vez finalizó el viaje en aquel crucero, llegando a su destino fuera de la Fisura, cambiaron de crucero prácticamente sin tiempo, pues el siguiente salía en pocas horas. Adit apenas pudo ver el puerto por el que pasaron. Aunque, por el estado en el que se encontraba, con los ojos rojos e hinchados por tanto llorar y teniendo el recuerdo de la muerte de su madre a flor de piel, tampoco le apetecía verlo. Esta vez iban en uno un poco pequeño, pero con camarotes más grandes y cómodos.

Nada más entrar en el camarote, Adit fue hacia una de las camas con toda la intención de meterse debajo de las sábanas para permanecer allí hasta el siguiente cambio de navío. Al verlo con aquella actitud, sintiéndose terriblemente culpable por lo ocurrido, por no haber hecho nada para ayudarlo, decidió tomar cartas en el asunto. Antes de que pudiese adentrarse en la cama, Kyman colocó su mano sobre la cabeza de Adit. Inmediatamente, este paró en seco y se giró para mirarlo a los ojos. En el ojo de Adit ya no se observaba el brillo de la curiosidad e inocencia de un niño. Desde hace mucho que aquel brillo había dejado de ser el mismo. La culpa lo recorrió. Aquel parche era culpa suya. Aquella situación, en parte, era culpa suya. Por ello, tomó la determinación de no permitir que aquello escalase. Iba a recuperar el brillo en el ojo de Adit. Iba a devolvérselo a su padre como lo encontró, aunque para ello debiese de desobedecer alguna orden de Zayre.

—Vamos a ver como despega —ordenó Kyman. Sin esperar respuesta, arrastró a Adit hacia la cubierta. Este se planteó volver a la habitación. Sin embargo, por las palabras que Tysie le grabó a fuego en lo más profundo de su subconsciente, por la idea de que estaba bajo constante peligro y que usar en exceso sus habilidades para algo estúpido podría suponer la muerte en una batalla, inmediatamente descartó aquel plan. Su única opción era esperar un momento en el que Kyman bajase la guardia para zafarse y salir corriendo hacia el camarote para encerrarse.

Por supuesto, sabía que Kyman era más fuerte, más rápido y está constantemente alerta. Lo sabía perfectamente. En condiciones normales, nunca tendría la oportunidad de escapar de él. Sin embargo, las condiciones en las que se encontraban eran extraordinarias a su favor.

Adit poseía una gran ventaja frente a Kyman de que no tenía que mantener ningún papel, mientras que Kyman debía de fingir ser un hombre de mediana edad normal y corriente. Por lo que, en el momento en el que pudiese zafarse, solo debía de salir corriendo a una velocidad normal.

Esperó esa oportunidad poniendo atención a todo su alrededor. Buscando cualquier persona o situación que pudiese generar esa oportunidad. Sin darse cuenta, dejó de estar triste para ponerse alerta. Kyman no tardó en

darse cuenta de aquel cambio y sonrió sutilmente.

Sin poder evitarlo, llegaron a la cubierta a tiempo para ver como el barco comenzaba a despegar hacia el espacio, surcando el basto cielo morado hacia unas inmensas nubes de aspecto esponjoso. Las llamas que se formaron alrededor de la proa eran de un amarillo oscuro.

Adit se maravilló al ver tales colores y formas. Sin darse cuenta, fue hacia la barandilla. En el momento en el que Adit tuvo esa intención, Kyman lo soltó. Se quedó cerca de él para fingir ser un padre e hijo normales, viendo como Adit observaba fascinado lo que dejaron atrás. Aquella tierra llena de plantas de colores y casas de estilo griego antiguo lo fascinaron y generaron un terrible sentimiento de culpa. Por haber estado llorando la muerte de su madre, una muerte que ya había llorado en su momento, se perdió el ver y sentir un planeta tan bello. Uno al que probablemente nunca volvería. Por estar deprimido por algo que nunca pudo evitar, por algo sobre lo que no tenía ningún tipo de control, se perdió algo maravilloso. Se había perdido la oportunidad de conocer a gente maravillosa. No quería que algo así volviese a ocurrirle. No iba a permitir que volviese a ocurrir. Tomó la determinación de no volver a pisar la Fisura, pues fue su incursión en ella lo que provocó que aquellos recuerdos volviesen como si estuviese allí mismo.

No sabía que era él ni que era la Fisura, pero sabía que no era normal que eso ocurriese. No eran compatibles. No sabía que es lo que podría ocurrir la próxima vez que entre. Debía explicárselo a Kyman para encontrar una forma de sortearlo. Al recordar la primera vez que pasó aquello, con el ser invisible que lo miraba, el drogarlo funcionó. Los viajes sufrirían una escalada en su dificultad. Lo sabía perfectamente, pero era un bien necesario a sus ojos.

Adit buscó un instante en el que poder hablar en privado del viaje con Kyman, pero, por desgracia, una desagradable cantidad de gente comenzó a interactuar con ellos. Tuvieron que fingir lo mejor que pudieron el ser padre e hijo. Solo después de la cena, mientras volvían a su camarote, tuvo la oportunidad de hablar con él y contarle sus preocupaciones. Sin embargo, por desgracia, una estridente alarma sonó por todo el barco, acompañada de un cambio de iluminación a una roja.

—¿Qué hacemos? —preguntó asustado Adit en referencia a si luchaban o huían.

—Nos esconderemos en el camarote y esperaremos órdenes del capitán —respondió Kyman.

Desgraciadamente, el ir por rutas seguras tenía sus inconvenientes. Unos inconvenientes que siempre terminaban en horribles masacres de civiles. Los piratas que estaban lo suficientemente dementes como para atreverse

a adentrarse en las rutas protegidas por el Imperio eran sanguinarios. Solían arremeter contra el barco a distancia para destrozarlo y saquear los escombros. Si para aquellas alturas aún no habían arremetido contra ellos, es porque buscaban a alguien. En el barco había algunos mercaderes por los que podrían pedir un jugoso rescate. También podrían buscar esclavizarlos. Cualquier opción era mejor que la que temía Kyman, que fuesen a por ellos. No tenía pruebas, pero debía estar preparado para tal escenario. Debía analizarlo con calma para discernir la opción correcta. Sin embargo, no tuvo tiempo para ello. Apenas pasaron unos segundos en el camarote, con la puerta bloqueada y tomando sus armas para escondérselas entre la ropa, cuando desde los megáfonos escucharon el anuncio de los piratas:

—DAMAS Y CABALLEROS, HAN SIDO ABORDADOS POR LOS TEMIBLES Y LUNÁTICOS PIRATAS PÁRTIDAS. YO SOY SU CAPITÁN, KRIC. POR FAVOR, DIRÍJANSE ORDENADAMENTE A CUBIERTA, ARRODÍLLENSE EN ELLA Y ENTRELACEN SUS DEDOS DETRÁS DE SU CABEZA. NO SE PREOCUPEN SI NO LO HAN COMPRENDIDO BIEN. UNO DE LOS AMABLES Y BONDADOSOS PIRATAS QUE SE ENCONTRARAN POR EL BARCO LES INDICARAN DONDE Y COMO DEBEN COLOCARSE. PÓRTENSE BIEN, Y NO SUFRIRÁN. NO DEMASIADO.

Aquella voz les pareció la voz de Zayre. Además, con aquel tono burlón, a Kyman, le recordaba a los momentos en los que este atrapaba a una de sus presas de tal forma que no tuviese ninguna otra forma de escapar de la muerte que no fuese obedecer sus órdenes, por más absurdas que fuesen. Solo por su voz y lo que conocía de su hermano, tenía la sospecha de quien podría ser el hombre. Asimismo, después de unos pocos segundos intentando recordar de donde había escuchado aquel nombre, lo confirmó. Recordó el que aquel era el nombre de uno de los bastardos de Zayre. Ahí se dio cuenta que si descubrían quien era Adit en realidad, la situación se complicaría.

—¿Vamos? —la pregunta de Adit lo sacó de sus pensamientos. Esta pregunta tenía doble sentido, ya que con ella intentaba averiguar si Kyman iba a continuar con el papel de familia normal y corriente o iban a luchar.

—Sí —respondió dejando su arma escondida entre sus pertenencias. Cuando Adit fue a imitarlo, Kyman no se lo permitió—. Por si acaso.

Adit tan solo asintió mientras temblaba ligeramente. No podía evitar sentir miedo. Sabía perfectamente que estaban en graves problemas. Sin embargo, después de ver como su tío se quedó mirando hacia la nada con una mueca de sorpresa, supo que la situación era peor de lo esperado. Kyman conocía a aquel pirata y eso no era bueno. A pesar de que nunca le contasen nada sobre sus negocios o sobre el exterior de su planeta, sabía que sus tíos no eran trigo limpio y eso suponía que tuviesen

enemigos. A él no lo iban a reconocer, sin embargo, a Kyman, si llegaban a dañarle el traje, estaban perdidos.

Llegaron hasta la cubierta junto a otros civiles, los cuales lloraban y temblaban por el terror. Entre empujones y golpes los obligaron a arrodillarse a la cabeza del grupo. Eso hizo que le diese mala espina a Kyman. Aunque, aparentemente, simplemente fueron los últimos en llegar. Ya no colocaron a más pasajeros.

Había algunos piratas por la cubierta, rodeándolos, asustándolos, intimidándolos y apuntándolos con sus armas. Sus carcajadas resonaban con fuerza y se mezclaban con el llanto de los niños y de algunas personas.

Kric no se hizo esperar. Apareció paseándose por cubierta con un micrófono en la mano. Adit no se esperaba encontrar a un semilirif, seguramente debido a Zayre. Era tan alto como este, escuálido, con pelaje únicamente en la parte de la espalda, orejas de hipopótamo y piel verde. Sus ojos eran inexistentes. En cambio, poseía unas protuberancias que le permitían percibir la energía. Sus brazos eran largos y terminados en garras que arrastraba por el suelo, pero no por la longitud, sino porque iba encorvado.

Él se paseó entre los pasajeros, acariciando con delicadeza de vez en cuando a los aterrados pasajeros con sus largas garras, inspirándoles terror, pues si ejercía un poco de presión sobre ellos, por más leve que fuese, les causaría un corte profundo o una amputación.

—Si se comportan, solo les robaremos sus pertenencias. Ni si quiera destruiremos su radio para que puedan llamar a su querido Imperio para que los salve —dijo cerca de una joven Raksha.

Los Raksha solían poseer una tez extremadamente blanca, tanto que se notaban las venas oscuras. Un cabello lacio, largo y profundamente negro, al igual que sus ojos. Un cuello largo, el cual se enrollaba sobre sí mismo para poder permanecer cómodamente con la cabeza encima del cuerpo. Sus facciones, delicadas. Y una figura delgada y alargada.

Kric la toma por el brazo y la obligó a levantarse. Luego, comenzó a tararear una canción y a bailar. La mujer hizo su mayor esfuerzo para seguirle el ritmo. Estaba nerviosa, temblaba de terror. Temía que, si no cumplía, no solo ella fuese injustamente castigada, sino todos los que se encontraban en la cubierta.

Los piratas obligaron a un grupo de pasajeros a tocar algunos instrumentos. Al no ser músicos, apenas pudieron tocar un par de notas correctamente. El sonido que produjeron con sus manos sudorosas y trémulas era chirriante y tosco. Con este bailaron unos cuantos minutos,

recorriendo parte de la cubierta hasta que Kric se cansó. Dejó a la mujer suavemente al lado de un anciano Bralpo. Ellos eran similares a las ranas, pero de colores vivos, indicando así su toxicidad. Además, poseían unas glándulas venenosas repartidas por todo su cuerpo. Su sudor era toxico, su saliva era toxica, tenían largos colmillos retractiles para inyectar un coctel de toxinas que matase a su presa en apenas unos segundos y unas uñas en las palmas de sus manos que rasgasen e inyectasen su orina.

A pesar de ser un ser plenamente capaz de eliminar a cualquiera que lo amenazase, incluso en su vejez, tembló de puro terror. Temía sudar por accidente y, con el mero contacto con el capitán pirata, matarlo, provocando la muerte de este y del resto de los pasajeros. Intentó evadirlo, sin embargo, el capitán le ofreció su mano para ayudarlo a levantarse. Era su turno.

Tomó unas profundas respiraciones para calmarse y evitar sudar, y tomó la mano del capitán pirata. Este lo ayudó gentilmente a ponerse en pie e inició su danza. Ambos bailaron pegados. Kric lo pegó aún más que a la mujer. Exponiéndose a un gran peligro y disfrutando del miedo que generaba, no solo en el anciano, sino en todos a su alrededor. Aquella atmósfera lo hizo sentir poderoso. Pensó que aquello era lo que debía sentir su padre con el mero hecho de existir. Él infundía terror en todos los seres que escuchasen su apodo. Por más alejados del Sector de Ultramar que estuviesen, conocían las atrocidades que aquel hombre había cometido, y lo que les esperaba si osaban tocar a alguien de su preciada familia.

Inmensamente feliz por toda la atmosfera, y porque su plan estaba saliendo a la perfección, decidió dejar de jugar con aquel pobre anciano. Lo ayudó a volver a arrodillarse. A este lo dejó al lado de una joven pareja de recién casados humanos, de la etnia principal del imperio. Kric acarició el rostro de la mujer provocándole un pequeño corte cerca de la nariz. Luego hizo lo mismo en el del hombre, provocándole también un pequeño corte. Al retirar su mano, en un movimiento rápido, le cortó la cabeza al anciano Bralpo al nivel en el que se encontraban sus glándulas venenosas, salpicando a la pareja y provocando una horrible muerte entre espasmos. Retorciéndose en el suelo, con sus músculos contrayéndose y colocando sus cuerpos en posturas imposibles, y formando horribles muecas de dolor.

Kric no se dignó a observarlos hasta su muerte. Solo se marchó tarareando tranquilamente hasta el principio del grupo, donde se encontraban Kyman y Adit. En el proceso pasó su garra ensangrentada cerca de los pasajeros. Quienes temblaban aterrados porque los cortase con aquellas garras manchadas de sangre y veneno.

Sin pensarlo, cortó a cinco pasajeros. Uno de los cuales era una mujer embarazada. Se limpió las garras con la ropa de esta. Luego continúo

andando hasta llegar al frente. Donde se paseó tranquilamente observando y deleitándose con las esquivas miradas de los desdichados pasajeros y sus cuerpos temblorosos. Se paseó hasta quedar frente Adit. Al verlo, comenzó a reír descontroladamente.

Lo levantó agarrándolo fuertemente de un brazo, produciéndole pequeños cortes en su ropa, pero sin llegar a rompérsela, para que todos lo viesen y les dijo:

—¡HERMANOS! TENEMOS A UN PIRATUELO EN ESTE BARCO.

Las risas de los piratas no tardaron en romper el silencio en la cubierta, inundándola por completo y provocando que los pasajeros temblasen, temiendo por Adit, sabiendo el terrible destino que le esperaba.

Kyman mantuvo su papel de padre arrastrándose por el suelo tembloroso, entre murmullos inteligibles, lágrimas y mocos, hasta llegar a los pies de Kric. Este lo ignoró por el momento y continuó con sus burlas.

—Mira ese estúpido parche. ¿Qué? ¿Te gustan los antiguos piratas? —Kric zarandeó a Adit provocándole pequeños cortes en la ropa. Por la sorpresa, Adit soltó un pequeño grito agudo.

Observó atento a Kyman intentando averiguar si debía usar sus poderes la próxima vez o si debía de permitir que lo dañase para guardarse aquel as bajo la manga mientras fingía malamente temer por su vida. Él vio como Kyman permanecía en su papel de padre aterrado, por lo que supuso que debía de permanecer en su papel como civil.

Kyman se aferró al pantalón de Kric, mojándolo con sus lágrimas y sus mocos. Kric disfrutó de la escena.

—Por favor, no le hagas daño a mi hijo —dijo Kyman con la voz completamente rota y desesperanzada.

—Hermano, no es mi culpa que tú le llenases la cabeza a tu hijo con las historias de aquellos antiguos hombres que salían a la mar en busca de la libertad. Esos antiguos hombres que salían a la mar en busca de tesoros y aventuras. ¿Te gustan esos? —Kric se giró para mirar al parche de Adit—. Sí, por supuesto que sí. ¿Cómo no iban a gustarte? ¡Eran hombres increíbles! El inicio de nuestra antigua profesión. Salir a la mar en busca de inmensas riquezas y para forjar tu propia leyenda. Surcando aquellos desconocidos y temibles mares donde se podían encontrar terribles tripulaciones. Escuchando las leyendas de antiguos barcos en las tabernas de los puertos. Explorando islas tropicales en los mares del caribe y huyendo de tribus caníbales —Kric soltó una risa ligera.

Parecía que hablaba con cariño desde lo más profundo de su corazón. Como si estuviese hablando de sus propios sueños de cuando era tan solo un niño, soñando con surcar el espacio junto con sus amigos. Se quedó callado un instante, observando hacia la oscuridad con mirada melancólica. Sin embargo, aquella tranquilidad duró poco. Kric abrazó a Adit por los hombros con uno de sus brazos.

—Hermanito… ¿Crees que el mundo funciona así? ¿Qué podrás convertirte en un pirata que viva grandes aventuras, libere reinos de tiranos y consiga increíbles tesoros de temibles piratas escondidos en planetas desconocidos? ¿Crees que el universo funciona como en las historias de piratas? ¿Crees que tu padre puede protegerte? Estas muy lejos de casa, hermanito. Estas un poco lejos de la protección de tu padre, hermanito —el tinte divertido de la voz de Kric se fue oscureciendo. Y conforme se oscurecía, su agarre se volvía más fuerte y firme, acercándolo a él. Movió una de sus garras hasta que quedase presionándole el cuello.

Huida

—Adit... —dijo Kric, rompiendo el incómodo silencio—. ¿Quieres unirte a mi tripulación?

Por el tono de voz y la sonrisa maliciosa, se entendió que era una burla cruel. Los piratas comenzaron a reír por lo bajo. Ellos sabían lo que su capitán iba a hacer y estaban preparados para ello.

—Ya tienes el parche. Pero… —dijo observando atentamente el aspecto de Adit con un semblante serio—. Te falta algo…

Kric se quedó un instante pensativo, fingiendo buscar aquello que le faltaba. Creando un momento de tensión entre los pasajeros, quienes esperaban y rezaban que lo que le faltase no fuese un corte en la cara o la amputación de una de sus manos o piernas.

—¡Ya se! —exclamó Kric felizmente, provocando el terror entre los pasajeros—. Te falta un bonito sombrero con una calavera sobre unas tibias cruzadas. HERMANOS, ¿TENEMOS UNO DE ESOS?

Los piratas comenzaron a reír.

—YO TENGO UNO —gritó uno de los piratas.

Sin dudarlo, Kric lanzó a Adit hacia los piratas. Adit trastabillo intentando evitar caer, sin embargo, no pudo evitarlo. Resbaló por el suelo hasta llegar a los pies de un grupo de piratas, quienes no dudaron en levantarlo y lanzárselo entre ellos mientras se reían y lo llamaban “Parche”. Le pusieron varios sombreros que se encontraron para burlarse de él. Adit se tuvo que morder la lengua para no intentar defenderse, para continuar

con su actuación como civil. Aunque no pudo evitar la mirada de odio, ni resistirse mostrando su verdadera fuerza de vez en cuando. Consiguiendo zafarse del agarre de más de uno, sorprendiéndolos y asustándolos. Sin embargo, esta duraba poco, pues ellos sabían que no iba a salirse de su papel.

—Por… Por favor… No le hagáis daño a mi hijo —suplicó Kyman sin salirse de su papel de padre, agarrándose al pantalón de Kric mientras observaba a los piratas jugar con Adit.

—¿Sabes que odio más que a los mocosos que quieren ser piratas? Las mentiras. Los libros sobre piratas siempre los romantizan. Hacen que mocosos como el tuyo crean que ser un pirata es algo impresionante y divertido. Algo que deben de buscar. Que son seres que buscan la libertad y que nunca dañarían a inocentes.

Kric volvió a quedarse en silencio, mirando hacia sus subordinados. Estos estaban jugando con Adit, pasándoselo y haciéndolo rabiar. Sumido en sus más profundos pensamientos y en los recuerdos de su infancia. Sin darse cuenta, comenzó a hablar, aún con la mirada perdida.

—Mi madre también me metió esas estúpidas ideas en la cabeza. Ella era una mujer bastante delicada para ser una Lirif. Tenía una terrible malformación que la incapacitaba y la volvía débil. Extrañamente, esta malformación vuelve a los Lirif hermosos a los ojos de otras razas. Realmente no sé qué le veis a uno de los nuestros tan deformado y sin pelo. Con los músculos tan desgastados. Con un olor tan nauseabundo. Tan repugnante.

>>Por ello sus padres la vendieron a un tratante sin dudarlo. La volvieron una esclava. Fue una esclava desde que nació prácticamente. Aun así, ella soñaba con su libertad. Escuchaba como sus amos se quejaban de los piratas, por lo que los tomó como héroes. Como sus salvadores. Por eso no dudó en ayudaros en su momento poniéndole la zancadilla a aquel hombre. Dándoos la posibilidad de eliminarlo. Vosotros la dejasteis en un puerto como agradecimiento, y con un hijo en camino.

>>Ella siempre os admiró. Ella siempre me contó sobre vuestras aventuras. Metiéndome ideas estúpidas en la cabeza. Haciéndome creer que los piratas eran héroes. Haciéndome creer que le importaba a mi padre. A ese solo le importa una cosa, y yo voy a jodérsela.

Kyman dejó de actuar como padre. Observando detenidamente su entorno en busca de un arma. No tenía claros los planes de Kric, pero lo que le había contado sobre su pasado confirmaban que era uno de los bastardos de Zayre. Eso no era algo bueno. El despecho y el rencor debieron llevarlo a buscar una forma de llamar la atención de su padre. No tenía claro si sabían que Adit era importante en si para Zayre o si sabían que era hijo

de Tysie. Aunque ambas posibilidades indicaban que iban a intentar dañar o llevarse a Adit.

El que Kyman se tensase y abandonase el falso llanto, fue la señal que les indicó que era hora de marcharse. Sin darle oportunidad para que pudiese evitarlo, lanzaron a Adit hacia su barco. Gracias a que ambos barcos estaban cerca y tenían la gravedad sincronizada, a pesar de estar alejados en el espacio, este estaba lleno de aire, por lo que Adit no tuvo ningún problema en sobrevivir fuera del barco. En el barco pirata, lo estaban esperando unos piratas, quienes lo atraparon al caer y no lo soltaron.

Las acciones de los piratas fueron rápidas para evitar que Kyman pudiese evitar el secuestro de Adit, sin embargo, Kyman era más rápido. Si no fuese porque Kric se interpuso, Kyman los hubiese matado a todos y llegado hasta el barco antes de que la cabeza del primero tocase el suelo.

A pesar de que se encontrase en desventaja tanto numérica como a contra reloj, si no lo mantenía entretenido, Kyman podía eliminar la brecha creada en un solo instante, por lo que, sin dudarlo, Kric comenzó a lanzarle zarpazos, manteniéndolo ocupado mientras su barco se desacoplaba e iniciaba su huida. En uno de los cuales, Kric consiguió rasgarle la piel digital, haciendo que se desactivase y volviendo a su forma. Al reconocer a Kyman, los pasajeros y los tripulantes salieron corriendo, temerosos de lo que fuese a ocurrir.

Kyman no tenía intenciones de luchar, pues se había dado cuenta de las intenciones de los piratas, pero no lo tenía fácil para esquivar a Kric o matarlo de un solo movimiento, junto al resto de los subordinados de este. Ofrecían una gran resistencia. Se notaba que estaban preparados para aguantar. Su coordinación en la cubierta era espectacular. No dejaban una sola apertura para que Kyman escapase o los matase. Aquel era un baile digno de verse. Aunque los pasajeros hacía mucho que habían salido huyendo hacia sus camarotes para esconderse.

Todo parecía ir bien para los piratas, sin embargo, el tiempo estaba jugando en su contra. Sabían que su límite estaba en cinco minutos, y habían pasado tres. Además, el combate contra Kyman los estaba desgastando más de lo que habían pensado. Después de tantos años con el perfil bajo, esperaban que sus habilidades se hubiesen oxidado un poco, pero eso no era así. Tenían presente que en el momento en el que se despistase uno, todos iban a morir.

Lo que no sabían era que Kyman se estaba debatiendo entre pedirle a Adit que volviese al barco o que permaneciese en el barco, fingiendo ser un adolescente normal y corriente; y por ello podían aguantar sin bajas. Por una parte, Kyman temía dejar a Adit en manos de los piratas hasta que pudiese ir a por él, pues podrían intentar matarlo por rabia o despecho. Por otra parte, si le pedía que volviese, descubrirán su secreto. Para evitar

que saliese del barco, debería matarlos a todos. Eso complicaría demasiado las cosas para ellos, pues el Imperio investigaría la muerte o desaparición de todos los pasajeros y los tripulantes de aquel barco mercante. Y, al no encontrar los culpables, aumentarían los controles.

Estaban metidos en un buen lío.

La estridente carcajada de Kric lo sacó de sus pensamientos. Al ver la cara abrumada de la mano derecha del bastardo de su padre llenó un poco el vacío en su pútrido corazón.

Kyman finalmente tomó una decisión. Un tanto apresurada debido a la creciente ira por las carcajadas de Kric. Aunque ciertamente estaba fundamentada, pues sabía que los subordinados de Kric no iban a abandonarlo. Estaban muy unidos. Si no fuese así, si no quisiesen a su capitán o lo idolatrasen, no lo hubiesen seguido a una misión suicida para joder a Zayre.

—¿Tienes prisa? —preguntó burlón Kric—. Porque deberías tenerla.

De reojo, Kyman miró la puerta que daba al interior del barco y supuso que los marineros se habrían apresurado a llamar al Imperio para que los rescatasen. Por la distancia a la que se encontraban, una nave imperial estándar de la guardia costera tardaría varios días en llegar. Sin embargo, teniendo en cuenta que él se encontraba en la embarcación, no enviarían una misera e insignificante nave de la guardia costera. Debieron de haber enviado un destructor imperial. Una de esas naves tardaría un par de horas con suerte. Debía de terminar con todo rápidamente o su misión fracasaría de la peor forma posible.

—Debes estar suponiendo que ellos llamaron a la guardia costera imperial —comentó Kric. Con tal comentario, Kyman comprendió que su pronta aparición era parte del plan de huida de Kric. Por ello debieron llamarlos durante el ajetreo desde la radio del crucero. Puesto que esta tiene registrada la radio de la guardia costera y suponiendo que ellos no poseen una en su barco.

—Si la llamaste tú o uno de tus hombres, no debieron de tomaros en serio.

—No, por supuesto que no nos creyeron. ¿Cómo iban a creernos si llevan años sin verte? No… Pero yo tengo mi renombre. Solo tuve que decir que estaba aquí asaltando un barco mercante. Por supuesto, no van a enviar ningún barco titánico a por mí. Sé perfectamente que aún no soy tan importante. Pero, con un barco de combate normalito, ya estarás jodido. Solo con la caja negra ya tendrán pruebas más que suficientes de que estas de vuelta. Por cierto, los llamé al inicio de todo, nada más abordar,

así que deben de estar cerca.

Mientras la pequeña charla se desarrollaba, los subordinados de Kric saltaron del barco mercante al suyo. En la cubierta, tan solo quedaban Kric y Kyman. Este último, viéndose acorralado, decidió dejar ir a Adit con los piratas. Era mejor que el Imperio no supiese nada de su existencia. Los mataría a todos y después ya lidiaría con las consecuencias de haberlos dejado huir.

Esa pequeña charla no solo les había dado la oportunidad de huir, sino que había proporcionado un pequeño periodo de descanso para Kric, el cual necesitaba desesperadamente. Obteniendo así las fuerzas necesarias para enfrentarlo en solitario un par de minutos, los suficientes como para que su tripulación abandonase el barco y este se alejase lo suficiente.

Una vez alejado, cuando ambos barcos estaban por separarse completamente, perdiendo aquella burbuja de aire y gravedad entre ambos, Kric creó una gran distancia entre Kyman y él y fue corriendo a lanzarse al vacío. Sus subordinados, inmediatamente, le lanzaron cuerdas para que las atrapase y lo pudiesen atraer hasta el barco.

Una vez con los pies en el suelo y observando a Adit quien forcejeaba desesperado por escapar del agarre mientras observaba a Kyman en la barandilla del barco, sin hacer nada para rescatarlo y con una mirada que le helaría la sangre a cualquiera allí si se atreviesen a mirarlo, Kric dijo:

—¡Celebremos la llegada de nuestro hermanito! Podéis soltarlo ya, no va a poder llegar hasta Kyman.

Una vez libre, Adit fue corriendo a la barandilla del barco pirata para observar detenidamente a Kyman, quien movió sus labios sabiendo que, a pesar de la gran distancia Adit lo podría leer perfectamente. Le ordenó que esperase allí a que fuese a por él. Adit asintió, a pesar de saber que aquel hombre no iba a poder verlo.

Celebración

Una vez lejos del alcance del barco mercante, sabiéndose a salvo de Kyman y con Adit en su poder, los piratas soltaron un grito de alegría pura. Sin perder un solo instante, fueron en busca de los barriles repletos de ron, bandejas repletas de comida y los instrumentos para la música. Iban a celebrar su victoria a lo grande en la cubierta de su barco.

También trajeron un sombrero y una chaqueta simulando los antiguos trajes de los piratas. Harto de las burlas por su parche y viendo que iba a ser el payaso de la fiesta, Adit se arrancó el parche y lo lanzó al suelo con furia. Dejándoles ver a todos la completa ausencia de su ojo, unas pequeñas cicatrices producidas por la extracción a los lados de su cuenca

vacía y los parpados ligeramente entrecerrados. Después de la escenita y antes de recibir cualquier tipo de reacción por parte de sus captores, Adit se adentró en el barco en busca de algún lugar alejado de todos donde poder permanecer en paz mientras esperaba a que Kyman llegase a rescatarlo.

Los piratas miraron a su capitán, esperando órdenes en completo silencio.

—DEJADLO IR. DESPUÉS DE TODO, NO HAY UN LUGAR AL QUE PUEDA HUIR. CONTINUEMOS CELEBRANDO NUESTRA VICTORIA.

Adit escuchó aquello perfectamente, luego, solo pudo escuchar gritos, alaridos y música. Él intentó alejarse todo lo que pudiese del ajetreo, recorriendo los pasillos del barco y abriendo varias habitaciones vacías hasta llegar a la bodega. Esta estaba demasiado desordenada. En la entrada se apilaban cientos de cajas y estanterías, creando pequeños y estrechos pasillos por los que pasó hasta llegar a una zona más amplia y con unas pocas cajas. Allí había una lámpara y unas mantas. No parecía que ninguno de los piratas pudiese llegar hasta allí con facilidad por lo grandes que eran, por lo que dudó que alguno de ellos fuese a aparecer por allí. Aun así, prefirió no tocar aquello que había y solo se sentó en una esquina a esperar.

Sin tener nada que hacer, no pudo evitar pensar en cómo hubiesen ido las cosas si en vez de obedecer a Kyman y permanecer cautivo, hubiese tomado la iniciativa y se hubiese marchado de vuelta al barco. Si hubiese luchado de verdad, en vez de obedecer ciegamente. Tenía por seguro que no se encontraría en aquella penosa situación.

Las horas pasaron y el hambre y la sed se hicieron presentes. Sabía que en algún momento tendría que salir de su escondite en busca de comida, pues tenía presente que ellos no se iban a preocupar por alimentarlo. Estaba más que seguro que ninguno de ellos se preocuparía por mantenerlo saludable y con vida. Aunque, si lo habían secuestrado en vez de matarlo, debía de ser por alguna razón. ¿Tenderle una trampa a Zayre? Pero ellos eran solo unos piratas de tres al cuarto. Ellos no podrían hacerles frente a sus tíos y sus subordinados. Entonces, ¿qué iban a hacer con él? ¿Se lo entregarían a otra persona más poderosa? ¿Lo venderían a los enemigos de Zayre?

El repentino sonido de pasos y metal chocar lo sacaron de sus pensamientos. Al levantar la mirada hacia la única entrada, Adit vio a un chico humano de diecinueve años, de piel ligeramente bronceada, ojos cubiertos por unas gafas oscuras y una gorra que le recordaba las que llevaban los ancianos de la casa para protegerse del sol. El cabello de este era largo y de color castaño claro. Él era bastante más alto que Adit, sin embargo, su físico no parecía el de alguien fuerte, ni la postura

desgarbada que llevaba, por lo que Adit supuso que no sería un problema derrotarlo.

Este chico era Wayn, el único grumete del barco pirata.

—Espero no haberte asustado —comentó Wayn—. Supuse que tendrías hambre, así que te traje un poco de arroz con carne y un poco de agua.

Wayn llevaba una bandeja con dos platos de metal y dos botellas de agua. Dejó uno de los platos y una de las botellas sobre una caja y fue a sentarse sobre otra caja alejada tanto de la comida como de Adit. Adit frunció el ceño por el acto. Sabía que era algo que la situación requería, pues cualquier adolescente en una situación así estaría aterrado y desconfiaría de cualquiera que se le acercase, pero él no era un adolescente normal. Por lo que, con el ceño fruncido, cogió su plato y botella y se sentó en frente de Wayn. Al ver su forma de actuar, Wayn no pudo evitar reír. Le hizo gracia ver la rabieta de Adit y la mueca que se le asemejó a un puchero hecho por un niño pequeño.

—Sé que son una panda de borrachos molestos, pero no van a torturarte para pasar el rato ni nada por el estilo. Prefieren jugar a las cartas y beber tranquilamente o contarse chistes y anécdotas guarras antes que hacer otras guarradas. Y tampoco te preocupes por el capitán Kric. Él no es tan malo como parece. Es cruel y desalmado, pero… Mira… Solo odia al Zar. Solo te va a usar, no te va a hacer daño.

—Bien —es lo único que le comentó Adit a Wayn, pareciéndome arisco. Y es que Adit no tenía ni idea de que contestarle o como continuar la conversación.

—¿A que está rica la carne? No sé qué hace el cocinero Jobs que le sale tierna y jugosa. Puede que sea por la salsa. Le hecha muchas especias. Nunca me ha dejado tocar su cajón de especias. Tiene un cojón y medio y nunca permite que se le acabe ninguna.

Viendo que Wayn quería charlar con él por algún motivo, Adit decidió cortar su verborrea y dirigir la conversación para obtener información.

—Tienes razón, está muy bueno. ¿Por qué Kric odia tanto al tío Zayre?

—Porque es uno de sus hijos ilegítimos. El Zar no ha reconocido a ninguno de sus bastardos, y tiene muchos. He tenido el desagradable placer de conocer a unos cuantos. A algunos, por suerte para ti, les importaría una mierda su padre y sus planes. Pero descubrieron que el Zar te considera importante y les interesa lo que puedas valer.

—¿Cuáles son los planes de Kric? ¿Venderme a los bastardos de sus

hermanos?

—Sí, básicamente. Uno de sus hermanastros, Markrat, es el propietario en una casa de subastas en el asteroide Det 9. Te sacarán información sobre la razón por la que te aprecia tanto el Zar y, en el caso de que no saquen nada relevante, te venderán como alguien relevante para este al mejor postor. El Zar tiene cientos de enemigos poderosos.

—Y no tanto —comentó Adit en referencia a Kric.

Wayn soltó una carcajada sincera.

—Tienes razón, algunos son débiles, pero pueden llegar a ser un grano doloroso en la planta del pie.

—Sí… Por cierto, toma —le dijo entregándole el parche a Adit.

—Ah, gracias —murmuró Adit consternado por el objeto. No esperaba recuperarlo, puesto que se lo había lanzado a un grupo de piratas con ansias de juerga. Esperaba que lo hubiesen roto entre juegos, burlas y risas o lo hubiesen pisoteado. Sin embargo, se encontraba limpio y entero.

La duda se reflejó en el rostro de Adit, y con este Wayn entendió todo lo que estaba pensando Adit. Soltó una risa ligera y le respondió a la duda que nunca pronunció.

—Lo recogí antes de que el resto pudiese y me marché. Ellos me dejaron a mi bola y se pusieron a cantar y beber. Nada va a detener la fiesta.

—Muchas gracias.

Adit le mostró la sonrisa más sincera que había visto Wayn en mucho tiempo e hizo la acción más desconcertante al mismo tiempo: Se guardó el parche.

—¿Por qué lo guardas? Parecía importante para ti mantener tú…. Por algo lo llevabas siempre puesto…

—No me molesta tener la cuenca expuesta. Lo hago por las miradas indiscretas. Ya sabes, la gente es demasiado curiosa. Además, por alguna extraña razón, si la dejo expuesta, la gente quiere mirarla.

—Si te digo la verdad, muy en el fondo, yo también quiero mirar.

—¿Quieres?

—Sí.

—¿Te digo que le pasó al que miró mi cuenca vacía fijamente por unos segundos o prefieres experimentarlo?

—¿Qué le pasó?

—El único que se atrevió a mirar fijamente el interior de mi cuenca fue el doctor que me atendió después de que me lo sacó un imperial de mierda. Nunca supe su nombre, ni su aspecto. Él solo se encargó de cauterizar y curar la herida. También, intentó implantarme un ojo robótico, pero no… me jodió la visión. Empecé a ver peor. Por lo que tuvo que quitármelo y… quitar un poco de más. Algunas cicatrices las tengo por sus acciones. No me molesta. Tampoco me parece… Sé que lo hizo para ayudarme. Era un buen tipo… Ojalá lo hubiese podido conocer.

—¿Cómo murió?

—Él… se suicidó unos días después de operarme para quitarme la protesis…

—¿Por qué?

—Por lo que me dijeron… él… comenzó a sentir que lo observaba constantemente. Esto lo estresó hasta tal punto que dejó de dormir y terminó teniendo alucinaciones y suicidándose. Aunque dudo que eso fue lo que ocurrió en realidad.

—¿Tú tío lo mató? ¿Eso es lo que crees? ¿Por qué?

—Sí, ya has visto que Kyman me estaba custodiando. Yo no sé cuál es su reputación para vosotros. Yo solo sé los que conozco de casa. Sé lo fuerte que es. Lo he visto. Un tipo tan fuerte custodiándome. No soy tonto. Sé que le soy jodidamente importante. Se han tomado muchas molestias para mantenerme escondido. También se han tomado muchas molestias para que no conozca nada del mundo exterior. Solo conozco una insignificante parte de mi la familia. Bueno, La Familia.

—¿Quieres que te cuente algo sobre la galaxia?

—¿Me cuentas algo de historia contemporánea?

—¡Sí!

Mientras le contaba sobre el estado actual de la galaxia, la situación política y social del sector en el que se encontraban, Wayn tuvo la extraña necesidad de mirarle fijamente la cuenca. Quería observarla. Necesitaba mirarla. Y, a su vez, tenía la sensación de que si lo hacía iba a cometer el

peor error de su vida. Pero incluso que haber aceptado unirse a los Piratas Parias. Por ello, luchó durante todo el tiempo que estuvo al lado de Adit para evitar mirarle la cuenca. Luchó con todas sus fuerzas para evitar mirarla, pero era débil. Terminó mirándole la cuenca y, extrañamente, no sintió nada fuera de lo usual. No cambió nada en él o a su alrededor.

Ninguno de los dos notó que nada cambiase.

…

Mientras los piratas celebraban el éxito de su misión, Kyman se encargó de eliminar hasta el último de los seres vivos que hubiese en el barco. Importándole poco la edad, el sexo o si eran seres de inteligencia superior o interior. Estaba furioso, por lo que, nadie se salvó de sus terribles manos. Aplastó y mutiló los cuerpos de todos ellos hasta que se tranquilizó. Luego, se preparó para la incursión imperial. Los pobres desdichados entraron hasta la bodega, armados con sus pistolas AP 37, llamadas "Calentadoras". Armas de plasma del calibre de 9 mm, capaces de disparar grandes cantidades de plasma sin recalentarse en disparos continuos y con un seguro en el gatillo que impide el disparo accidental.

Las armaduras de los soldados imperiales estaban hechas con una aleación llamada Grabda. Esta era en esencia acero unido a un cinco por ciento de un mineral extraño, encontrado en el sector de la galaxia llamado el Puente al Infierno, llamado Giardia. Estas cubren completamente el cuerpo de los soldados, confiriéndoles una protección completa frente a disparos, cortes u explosiones frente a las armas catalogadas como normales. A pesar de parecer gruesas, pesadas y asfixiantes para sus portadores, realmente son delgadas, flexibles y frescas. Y aun así tan resistentes como para aguantar ochenta disparos consecutivos en un mismo punto con una AP 37. Además, permiten su refrigeración y transpiración.

Los cascos de sus armaduras tienen incorporadas cámaras de visión nocturna y térmica que les permiten ver todo a su alrededor sin tener que girar la cabeza.

Un pelotón de trece hombres abordó el barco mercante, aseguró el perímetro y se adentró. Recorrieron los pasillos repletos de sangre y carne sin inmutarse, listos para disparar cualquier ser vivo que se cruzase en su camino. Iban a conseguir la cabeza de Kric bajo cualquier circunstancia. Estaban más que preparados y seguros de que aquel día Kric y su tripulación caerían ante ellos. Librarían a aquellas rutas comerciales de su temible presencia para siempre. Estaban tan seguros de su victoria que no dudaron en bromear durante todo el camino hasta el barco mercante sobre lo que harían con las cabezas de los piratas y el dinero que ganarían

con ellas.

Estaban tan concentrados que no se atrevía a hablar. Ni si quiera fueron capaces de soltar un grito ahogado al encontrarse con aquella aterradora escena en la bodega. Al llegar a la bodega se encontraron con Kyman completamente cubierto con sangre y carne de los pasajeros y la tripulación. Bajo sus pies había una masa amorfa de carne hueso y sangre. El sistema de sus armaduras les indicó que allí había biomasa equivalente a, al menos, cuarenta personas.

Ellos se quedaron completamente quietos, esperando que no hubiese notado su presencia. Su instinto les gritaba que huyesen, pero huir era inútil. Si aquella bestia los veía, estaban muertos.

Uno de ellos, por la desesperación, se quitó el casco y se metió la AP 37 en la boca para suicidarse. El ligero ruido que hizo el arma al disparar, que en condiciones normales hubiese sido imperceptible, alertó a Kyman de la llegada de los imperiales. El resto comenzó a disparar desesperadamente contra Kyman, a pesar de saber y ver que era completamente inútil. Aquellas armas eran inútiles frente a monstruos como Kyman. Y las armaduras no los protegerían de sus golpes. Estaban muertos y lo sabían perfectamente. Por ello, muchos imitaron la acción de su compañero y se suicidaron antes de que Kyman los usase como pelota antiestrés.

Los pocos que no tuvieron los reflejos y el tiempo de suicidarse, tuvieron que sufrir a manos de Kyman una muerte dolorosa. Con una sola mano, usándola como se tratase de una espada, Kyman los partió por la mitad. Sus últimos momentos fueron agónicos. Sintiendo un terrible e insoportable dolor. Viendo como sus entrañas se esparcían por el suelo del pasillo. Sus cuerpos convulsionaron mientras la sangre y otros fluidos corporales se escapaban, uniéndose a la amalgama de carne que Kyman estaba creando al descuartizar con sus manos desnudas los cadáveres de los compañeros que se suicidaron.

En un vano intento de sobrevivir, uno de ellos intentó meter sus entrañas en su interior con su única mano, puesto que el corte le había arrancado un brazo.

Una vez satisfecho con su obra y los gritos de horror y agonía de los únicos dos que sobrevivieron lo suficiente, Kyman abordó el barco imperial. Masacró a todo aquel que se topó en su camino. Los desdichados tripulantes no tuvieron ni tiempo de intentar suicidarse para ahorrarse la agónica muerte.

Ni si quiera el capitán de la nave imperial pudo hacerle frente con su armadura, la cual contenía un quince por ciento de Giardia, confiriéndole a esta una resistencia miles de veces superior a la de los soldados. Sin

embargo, su armadura no iba a protegerlo de las manos de Kyman. Aunque, para aquel momento, la ira desenfrenada de Kyman había cesado, por lo que terminó rápidamente con él. Con un simple palillo para los dientes que había encontrado, endurecido por la Habilidad, lo mató. Lo disparó escupiéndolo desde su boca a la cabeza del capitán. El palillo endurecido atravesó sin problemas el casco de la armadura, penetró en el cerebro, lo atravesó de lado a lado y salió por el otro lado impactando en la pared.

Una vez estuvo toda la nave limpia, se tomó unos segundos para descansar antes de emprender el viaje en busca de Adit.

De vuelta al ruedo

Las naves imperiales solo requerían de una persona con las capacidades mentales suficientes como para dirigir la nave sin morir en el intento. Comúnmente tenían una silla en medio de la sala de comando para pilotar y controlar toda la nave. Desde ella se enviaban directamente al cerebro todos los parámetros de la nave, se podían ver todas las salas y se podían sentir los detectores de la nave, mostrándole así al que se sentase todo lo que se escondía en la profunda oscuridad.

Esta silla estaba hecha completamente de Balantidium. Un metal escaso en los sectores de la galaxia que controlaba el Imperio, pero abundante en el sector del Puente al Infierno, extremadamente valioso y difícil de moldear o unir con otros metales o materiales. Este metal era capaz de transmitir los impulsos eléctricos hacia el cuerpo de una persona sin necesidad de perforar o modificar el cuerpo. Además de transmitir los impulsos de la persona a la nave, permitiendo así que esta tuviese el control completo de la nave y pudiéndola manejar a su antojo.

Al ser un metal caro y escaso, esta no contaba muchas comodidades, como los reposabrazos. Asimismo, al ser difícil de moldear, era prácticamente dos láminas rectas formando un ángulo de noventa grados. En definitiva, una silla incómoda que se metía en la mente de quien se sentase en ella bombardeándola con datos e imágenes. Una horrible silla en la que iba a tener que pasar dos días sentado y sin descanso hasta llegar al asteroide Swarz. Un asteroide seguro para los fugitivos y delincuentes. Un asteroide, como muchos otros, controlado por la Alta Mesa. Una organización conformada por los jefes de las familias más poderosas del bajo mundo.

Sin dudarlo, se sentó en la silla. Pilotó con dificultad la nave, alejándola del barco mercante. Luego, disparó a esta hasta reducirla a cenizas. Lo único que se salvó de aquella nave fueron las pertenencias de Kyman y Adit, las cuales había subido a la nave imperial con anterioridad. Luego, inició su viaje. No comió ni durmió durante dos días. Fue un viaje difícil por lo que tuvo que soportar, pero consiguió llegar hasta Swarz sano y

salvo. Una vez allí tuvo que iniciar el aterrizaje. Una maniobra que se le complicó por el cansancio y la prisa por rescatar a Adit antes de que todo estallase, enterándose todos de su regreso. Por lo que decidió estrellar la nave controladamente en el puerto.

Arrolló varios navíos que se encontraban en su camino y destruyó una nave industrial, deteniendo así su avance hacia las casas y los comercios. A pesar de toda la destrucción ocasionada, no hubo muertes. No había nadie por la zona, aunque fuese hora punta para el trabajo. Esto era debido a la alarma. Nada más ver una nave imperial acercándose a aquel puerto regido únicamente por la Alta Mesa, los lugareños y piratas que se encontraban en el puerto en el momento huyeron despavoridos y fueron a esconderse hacia el interior de la ciudad mientras gritaban desesperados que los imperiales se encontraban en la ciudad, provocando que todos en ella se escondiesen, evitando así que Kyman fuese visto por más gente y dándole más tiempo para mantenerse con el perfil bajo.

Kyman ignoró todo el alboroto y fue directamente al club Hots. Un club muy conocido por todos los piratas, mafiosos y niños ricos que querían una experiencia fuerte. Todos ellos iban allí en busca de diversión. El propietario del local, Frogta, los conocía muy bien de sus tiempos como piratas. Él estuvo en todas sus celebraciones después de conseguir un buen botín o al finalizar una aventura. Convirtiéndose en un buen amigo y en un gran confidente de todos los familiares de Zayre y del mismísimo Zayre.

Al acercarse al club por la puerta trasera, los dos guardias que custodiaban la puerta trasera, dos hombres de la etnia de Kyman, nada más reconocerlo a lo lejos, avisaron a su jefe por el pinganillo. Sin esperar respuesta, debido a que Kyman fue lo suficientemente rápido como para llegar antes de que Frogta pudiese darla, le abrieron las puertas sin hacer preguntas.

La música tecno del club golpeó momentáneamente los oídos de Kyman. Sin embargo, abruptamente, esta cesó. Kyman fue hasta el reservado, donde lo esperaba Frogat con un vaso de agua fría y una hamburguesa poco hecha sobre la mesa y observando cómo se vaciaba su club. Un grupo de niños ricos se empezó a quejar a uno de sus guardias de seguridad, empezando a armar una escena. Frogat no pudo evitar presionarse el puente de la nariz por la molestia.

Frogat era un humano común y corriente. De un tamaño normal, piel clara porque no salía de su local, cabello moreno, ojos marrones y unos tatuajes que apenas se podían apreciar ya que eran cubiertos por su traje morado.

Kyman se sentó a su lado y empezó a comer y a beber en silencio.

—La nave imperial la has traído tú —afirmó Frogat. Su voz sonaba cansada. Lidiar con los imperiales siempre le cansaba—. ¿La desguazo?

—Sí, y encárgate de que la caja negra no llegue hasta ellos… pronto.

—¿Necesitas tiempo?

—Sí… Kric, uno de los bastardos de Zayre, me ha robado algo importante.

—Debo suponer que ese algo es la razón por la que has tenido un perfil bajo durante estos años.

La única respuesta que obtuvo por parte de Kyman fue un asentimiento y un gruñido. A lo que Frogat respondió con un suspiro cansado antes de comenzar a contar los días que iba a poder conseguir retener la caja negra. Observando atentamente la cantidad de sangre seca que llevaba Kyman sobre su ropa y cuerpo, su estado de retirado, lo que suponía que había tomado rutas seguras con civiles, la implicación de Kric y la eliminación de todos los tripulantes de la nave imperial; pudo hacerse una idea de la situación en la que se encontraba. La masacre que debió de causar debió de ser lo suficientemente grande como para que los imperiales le exijan la caja negra inmediatamente. Si se negase a dársela, implicaría su captura inmediata y una vida de tortura. Por lo que debería de usar todos los recursos a su disposición para alargar aquel tiempo con pretextos estúpidos. Debía de usar todos los contactos que tuviese. Los favores que deberá pedir, los favores que le deberán devolver, la gente que deberá sobornar…

—Puedo conseguirte tres días —sentenció finalmente Frogat.

—Suficientes. Necesito un barco que pueda navegar una sola persona, pero con capacidad para dos.

—Ese algo es un alguien. ¿Por qué me revelas tal información?

—Porque se lo están llevando a alguna parte, no sé exactamente cuáles pueden ser sus planes. Odia a Zayre, como muchos otros. Pero no tiene el poder para enfrentarlo. No sé si quiere aliarse con alguien, vendérselo a alguien o cortarle la cabeza para endurecer a Zayre.

—Vale, averiguaré lo que pretende mientras te duchas y descansas.

—Bien, gracias amigo.

Kyman se terminó su comida y se fue a ducharse. Mientras, Frogat comenzó a preguntar en la Red de Informantes Anónimos por Kric. Una red creada únicamente por gente que quiere descubrir cierta información, vender información o ayudar a otras personas a descubrir esta información. Los que la componían solían ser gente muy curiosa, la cual inmediatamente iba a poner toda su atención y energía en todo lo que pudiesen ayudar. Aunque no eran inocentones. A cambio de información, querían dinero o información de valor. Por lo que, tuvo que dar un poco de información de más sobre la situación para que la gente de la red. Aunque, también, fue por cortesía. Después de todo, aquello iba a salir de todos modos en poco tiempo a la luz.

Para el momento en el que Kyman regresó de su ducha, con ropa nueva y sin ningún rastro de sangre. Frogat ya tenía la información que requería.

—Lilea me ha dicho que van hacia la casa de subastas del bastardo de Zayre, Markrat, en Det 9. Puedes descansar tranquilo mientras preparo la nave.